

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI

San José, Costa Rica

1933

Sábado 25 de Marzo

Núm. 12

Año XIV. No. 628

SUMARIO

José M. de Pereda
El centenario del ingenioso hidalgo D. José María de Pereda
El cincuentenario de Marx
Libros y Autores
Castelar: apogeo y perigeo del excelso tribuno

B. Pérez Galdós

Harold Laski

Jorge Carrera Andrade

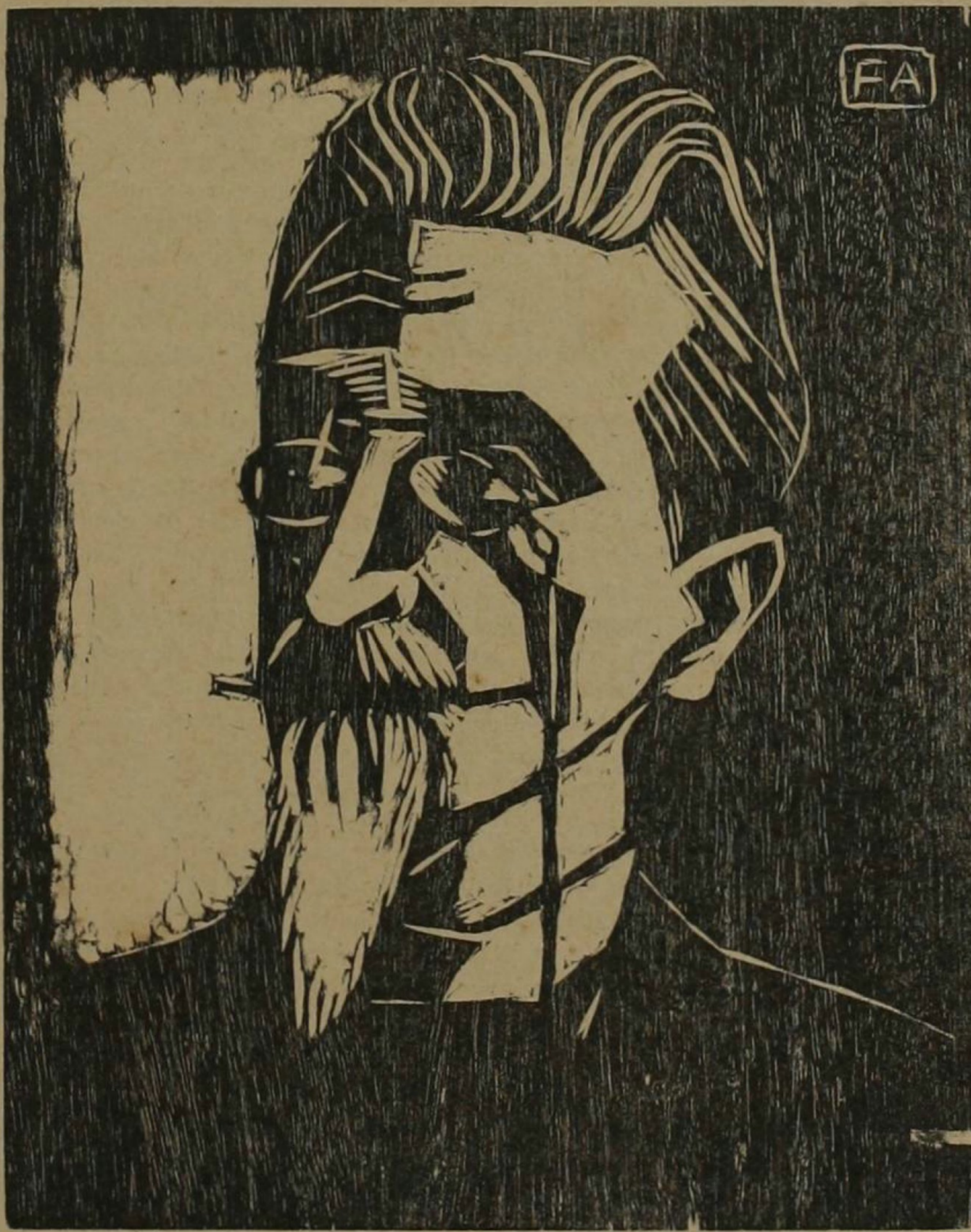
La marcha de Cádiz
Ardiente ser; posible actuación...
Poemas del tiempo manual
De los optimistas tontos
El sentimiento trágico en la política

Benjamín Jarnés
Enrique Azcoaga
Jorge Carrera Andrade
Juan del Camino
León Pacheco

Y ahora que estamos solos, impaciente lector, en la antecámara de un libro, esperando a que se nos abra la mampara del primer capítulo, voy a hablarte de aquel buen amigo, cuyo nombre viste, al entrar, estampado en el frontispicio de este noble alcázar de papel en que por ventura nos hallamos. Y no voy a hablarte de él porque su fama, que es grande, aunque no tanto como sus méritos, necesite de mis encomios, sino porque me mueve a ello un antojo, tenaz deseo quizás, o más bien imperioso deber, nacido de impulsos diferentes. El motivo de que haya escogido esta ocasión ha sido puramente fortuito y no ha dependido de mí. Desde hace mucho tiempo tenía yo propósito de ofrecer a aquel maestro del arte de la novela un testimonio público de admiración, en el cual se vieran confundidos cariño de amigo y fervor de prosélito. Cada nueva manifestación del fecundo ingenio montañés me declaraba la oportunidad y la urgencia de cumplir el compromiso conmigo mismo contraído; luego los quehaceres lo diferían, y por fin, solicitado de un activo editor, que incluye en su Biblioteca el último libro de Pereda, veo llegada la mejor coyuntura para decir parte de lo mucho que pienso y siento acerca del autor de las **Escenas Montañesas**; acepto con gozo el encargo, lo desempeño con temor, y allá va este desordenado escrito, que debiera ponerse al fin del libro, pero que, por determinación superior, se coloca al principio, contra mi deseo. Ni es prólogo crítico, ni semblanza, ni panegírico: de todo tiene un poco, y has de ver en él una serie de apreciaciones incoherentes, recuerdos muy vivos, y otras cosas que quizás no vienen a cuento; pero a todo le dará algún valor la escrupulosa sinceridad que pongo en mi trabajo y la fe con que lo acometo.

José M. de Pereda

= Prólogo de *El sabor de la tierra*. Tomo X de las «Obras Completas» de Pereda. 2ª edición. Madrid. 1896 =



José M. de Pereda

Madera de Amighetti

El centenario del ingenioso hidalgo D. José María de Pereda

= De *El Sol*. Madrid =

Hidalguía. La heredó y la legó cumplidamente don José María de Pereda, que al trasponer las fronteras de la muerte era, además de un patriarca, un clásico. Supo ser la encina secular a cuya sombra se congrega un pueblo entero. Encarnó las ejemplaridades más resistentes de la montaña, y su obra las perpetúa en una prosa de la que reciben los suyos alegría para siempre.

Quien le proclama el mayor paisajista de nuestra literatura antigua y moderna, no le exalta demasiado.

El creador de Muergo, de Sotileza o de Chisco es invulnerable al olvido.

El mejor homenaje del centenario sería un libro a su memoria.

(Pasa a la página siguiente)

Veo que te haces cruces, ¡qué simpleza!, pasmado de que al buen montañés le haya caído tal panegirista, existiendo entre el santo y el predicador tan grande disconformidad de ideas en cierto orden. Pero me apresuro a manifestarte que así tiene esto más lances, que es mucho más sabroso y, si se quiere, más autorizado. Véase por dónde lo que se desata en la tierra de las creencias, es atado en los cielos puros del Arte. Esto no lo comprenderán quizás muchos que arden, con **stridor dentum**, en el Infierno de la tontería, de donde no les sacará nadie. Tal vez lo lleven a mal muchos condenados de uno y otro bando, los unos encaperuzados a la usanza monástica, otros a la moda filosófica. Yo digo que **ruja la necesidad**, y que en este piadoso escrito no se trata de hacer metafísicas sobre la gran disputa entre Jesús y Barrabás. Quédese esto en lo más hondo del tintero; y a **quien Dios se la dió, Cervantes se la bendiga**.

Andando.

Conocí a Pereda hace once años, cuando había escrito las **Escenas Montañesas y Tipos y paisajes**. La lectura de esta segunda colección de cuadros de costumbres impresionó mi ánimo de la manera más viva. Fué como feliz descubrimiento de hermosas regiones no vistas aún, ni siquiera soñadas. Sintíendome con tímida afición a trabajos semejantes, aquella admirable destreza para reproducir lo natural, aquel maravilloso poder para combinar la verdad con la fantasía, y aquella forma llena de vigor y hechizo me revelaban la nueva dirección del arte narrativo, dirección que más tarde se ha hecho segura e invariable, obteniendo al fin un triunfo en el cual ha llevado su iniciador parte principalísima. Algunos de tales cuadros, principalmente el titulado **Blasones y talegas**, pro-

dujeron en mí verdadero estupor y esas vagas inquietudes del espíritu que se resuelven luego en punzantes estímulos o en el cosquilleo de la vocación. Es que las obras más perfectas son las que más incitan, por su aparente facilidad, a la imitación. Luego viene, como diploma más alto de su mérito, la inutilidad del esfuerzo de los que quieren igualarlas, y tratándose de aquella y otras obras de Pereda, hay que darles a boca llena y sin género alguno de salvedad, el dictado de **desesperantes**. Son de privilegio exclusivo, y... ¡ay del infeliz que ponga la mano en ellas! No le quedarán ganas de volverlo a hacer.

Como iba diciendo, la lectura de estas maravillas, después de la admiración que en mí produjo, infundiome un deseo ardiente de conocer el país, fondo o escenario de tan hermosas pinturas. Suponía en él la misma originalidad, la propia frescura, gracia y acento de las **Escenas**, y figurábame que así como éstas no tienen rival, aquél no debía de tener semejante en el ramo de países. Esto me llevó a Santander; el simple reclamo de un prosista fué primer motivo y fundamento de esta especie de ciudadanía moral que he adquirido en la capital montañesa.

En la puerta de una fonda ví por primera vez al que de tal modo cautivaba mi espíritu en el orden de gustos literarios, y desde entonces nuestra amistad ha ido endureciéndose con los años y acrisolándose; cosa extraña!, con las disputas. Antes de conocerle, había oído decir que Pereda era ardiente partidario del absolutismo, y no lo quería creer. Por más que me aseguraban haberle visto en Madrid, nada menos que figurando como diputado en la minoría carlista, semejante idea se me hacía absurda, imposible; no me cabía en la cabeza, como suele decirse. Tratándole después, me cercioré de la funesta verdad. El mismo, echando pestes contra lo que me era simpático, lo confirmó plenamente. Pero su firmeza, su tesón puro y desinteresado y la noble sinceridad con que declaraba y defendía sus ideas, me causaban tal asombro y de tal modo informaron y completaron a mis ojos el carácter de Pereda, que hoy me costaría trabajo imaginarle de otro modo, y aun creo que se desfiguraría su personalidad vigorosa si perdiera la acentuada consecuencia y aquel

tono admirablemente sombrío. En su manera de pensar hay mucho de su modo de escribir: el mismo horror al convencionalismo, la misma sinceridad. Otra circunstancia hace excepcional su proselitismo, y la exime de las censuras a que vive expuesta toda opinión radical en nuestros

días: me refiero a su preciosísima independencia, que le aisla de los manejos de todos los partidos, incluso el suyo.

Dicho esto, quiero añadir que Pereda es, como escritor, el hombre más revolucionario que hay entre nosotros, el más anti-tradicionalista, el emancipador literario por excelencia.

El centenario del ingenioso...

(Viene de la página anterior)

Ese libro existe desde 1919, y es de don José Montero, de quien hemos leído todos "El solitario de Proaño" y otras obras. La consagrada a Pereda se editó en la imprenta del Instituto de Sordomudos y de Ciegos, de Madrid.

Recordemos hoy el discurso de don Marcelino Menéndez y Pelayo ante el monumento a Pereda, de Santander, el 12 de enero de 1911:

"Alcanzó Pereda la sublimidad en los dos o tres momentos de su vida y de su arte, lo cual basta para que adelantándonos al fallo de los venideros, reconozcamos en él la llama del genio, cuya aparición es tan rara y fugitiva en las edades cultas y decadentes. Del genio tuvo muchos atributos: la vocación nativa e irresistible, la fuerza y la desigualdad, una mezcla de candidez y de adivinación pasmosa. Cuando se siente inspirado acierta como nadie, pero en los intervalos de la inspiración desdeña todo artificio para desimular el cansancio. Otros contemporáneos suyos pudieron aventajarle en estudio y reflexión; en condiciones propiamente geniales no le igualó nadie. Cuando se apoderaba de él lo que llamaba "fiebre estética", era infalible el resultado, pero salía de aquella crisis maltrecho y rendido, como la antigua sacerdotisa de Delfos oprimida y acongojada por el estro divino que ardía en su entrañas. No fué un artista erudito ni siquiera curioso, sino un vidente de la realidad, explorador de un mundo poético nuevo, intérprete apasionado de ciertos aspectos de la vida. Todo lo encontró en su propio fondo hasta los procedimientos de lengua y estilo. Fué clásico sin intención deliberada de serlo y sin proponerse ningún modelo. No faltan en su obra indudables reminiscencias, que la crítica no ha advertido: de tal modo están como borradas por el sello personal del conjunto. Se asimilaba rápidamente lo poco que leía sin repasarlo después ni preocuparse de ello. Pierden el tiempo los que quieren emparentarle con escuelas y autores que apenas conoció más que de nombre. En rigor no tuvo maestros ni ha dejado verdaderos discípulos. Lo que había de característico en su estructura mental era incommunicable, y él mismo no hubiera podido definirlo.

"Lo que parece limitación es la raíz de su energía: pocas ideas, pero claras y dominadoras, sentimientos primordiales, técnica elemental, grandes efectos logrados con medios sencillísimos. Sus libros, tan locales, que para los montañeses mismos necesitan glosario, tan español como lo más español que se haya escrito después de Cervantes y Quevedo, son profundamente humanos por la intensa vida que en ellos late y la tranquila majestad con que se desenvuelve. Si hay una parte débil y borrosa de ciertas novelas, donde el fin moral no llegó a vencer las asperezas de la forma, hay otras por las cuales pertenece su autor con pleno derecho a la estirpe de los creadores de almas: Sotileza y Muergo, el padre Apolinar, los marineros de "La leva" y de "El fin de una raza"; don Gonzalo y Patricio Rigüelta, el hidalgo Don Lope sobre su potro de piedra, el espolique Macabeo, el Lebrato y el Josco, el supersticioso avaro de "La Puchera" y el visionario descubridor del tesoro, no son leves sombras que desaparecen con alado pie por las puertas del sueño, sino figuras de tal pujanza y relieve, tan sólidamente construídas como si las hubiese tocado el pincel de Velázquez. Dentro del naturalismo español, los lienzos de Pereda tienen un valor solamente comparable con el de la antigua novela picaresca. En el cuadro de costumbres, en la sátira política, en el idilio rústico, en la tragedia del mar ávido de humanas vidas, en todos los géneros donde estampó su huella, fué el más radical innovador de la literatura de su tiempo. Y fué también incontestable maestro de la lengua, tan distante del arcaísmo como del neologismo, bebida en la fuente popular más que en los libros, admirable en la descripción y en el diálogo, rico de sabrosos elementos dialectales: lengua de mil inflexiones diversas, unas veces acre y salina como las emanaciones de la resaca, otras alborozada y jubilosa como los prados después de la lluvia.

"No fué Pereda, literato profesional, sino un hidalgo que escribía libros donde se refleja su espíritu creyente y castizo, donde se aprende a vivir bien y a morir mejor. Providenciales aparecen ta-

(Pasa a la página siguiente)

cia. Si no poseyera otros méritos, bastaría a poner su nombre en primera línea la gran reforma que ha hecho, introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndolos con arte y conciliando formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles. Empresa es ésta que ninguno acometió con tantos bríos como él, y en realizarla todos se quedan tamañitos a su lado. Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para reproducir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad. Por otra parte, la prensa, con raras excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria, y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, entre la academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la **manera de escribir** y la **manera de hablar**, diferencias que son desesperación y escollo del novelista. En vencer estas dificultades nadie ha adelantado tanto como Pereda: ha obtenido maravillosas ventajas, y nos ha ofrecido modelos que le hacen verdadero maestro en empresa tan áspera. Cualquiera hace hablar al vulgo; pero ¡cuán difícil es esto sin incurrir en pedestres bajezas! Hay escritores que al reproducir una conversación de duques, resultan ordinarios: Pereda, haciendo hablar a marineros y campesinos, es siempre castizo, noble y elegante, y tiene atractivos, finuras y matices de estilo que a nada son comparables. Por esto, por sus felicitísimos atrevimientos en la pintura de lo natural, es preciso declararle porta-estandarte del realismo literario en España. Hizo prodigios cuando aún no habían dado señales de existencia otras maneras de realismo, exóticas, que ni son exclusivo don de un célebre escritor propagandista, ni ofrecen, bien miradas, novedad entre nosotros, no sólo por el ejemplo de Pereda, sino por las inmensas riquezas de este género que nos ofrece la literatura picaresca.

Frente al natural, Pereda tiene una energía de asimilación que asusta. Los contornos y tintas que ve, las parti-

cularidades que escudriña, los conjuntos y efectos totales que sorprende, maravilla son que nos revelan en él como un poder milagroso. En *Los hombres de pro*, en las páginas culminantes de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y *De tal palo, tal astilla*, se muestran en toda su riqueza la facultad observadora, la invención sobria y fecunda, el culto de la verdad, de donde resultan los caracteres más enérgicamente trazados, y el diálogo más vivo, más exacto y humano que es posible imaginar.

Otra cosa. Pereda no viene nunca a Madrid. Para conocerle es preciso ir a Santander o a su casa de Polanco, donde vive lo más del año, entre dichas domésticas y comodidades materiales que le añaden, como literato, una nueva originalidad a las demás que tiene. Es un escritor que desmiente, cual ningún otro de España, las añejas teorías sobre la discordia entre la riqueza y el ingenio. Por no dejar hueso sano al convencionalismo, le ha perseguido y destrozado hasta en esa rutina cursi de que el escritor es un ser esencialmente pobre. Así, en ninguna parte se conoce tan bien a nuestro buen príncipe montañés, como en aquellos hospitalarios estados de Polanco, residencia placentera y cómoda, asentada en medio de la poesía y de la soledad campestres, entre los variados horizontes y los paisajes limpios y puros de aquella hermosa costa, que con su ambiente fresco y su templada luz parece ofrecer al espíritu mayor suma de paz, más dulces recreos que ninguna otra región de la Península.

Y el buen castellano de Polanco, sectario del absolutismo y muy deseoso de que resucite Felipe II para que vuelva a hacer sus gracias en el gobierno de estos reinos, es el hombre más pacífico del orbe, de costumbres en extremo sencillas, de trato amenísimo, llano y familiar, que podría derechamente llamarse democrático. A veces imagino que, por trazas del demonio, la Humanidad pierde el sentido, que el tiempo se desmiente a sí mismo y nos hallamos de la noche a la mañana en plena situación absolutista. Llevando adelante la hipótesis, imagino que al autócrata se le ocurre una cosa muy natural, y es elegir para primer gobernante al hombre de más ingenio de su partido. Tenemos a Pereda de ministro universal. Pues ya podemos hacer

lo que se nos antoje, porque de seguro no nos ha de chamuscar ni el pelo de la ropa, y viviremos en la más dulce de las anarquías.

No sé por qué me figuro que la firmeza de las ideas de Pereda, bien analizada, resultaría más afecta al orden religioso que al político, y no sé, no sé... pero casi podría afirmar que gran parte de aquella intolerancia mordaz, de aquella flagelante y despiadada inquina contra ciertas instituciones, desaparecería si el espíritu de nuestro autor no estuviera envenenado y como

engolosinado en la observación de los infinitos tipos de ridiculez que sabe ver y calificar como nadie; tipos que él atribuye, con ingeniosa parcialidad, al sistema político dominante en todo el mundo, y que en realidad aparecen contenidos en él por lo mismo que el tal sistema abarca la porción más grande de la sociedad... Eso sí, hombre que tenga en grado más alto la facultad de ver lo cómico y todos los grados de la ridiculez de sus semejantes, no creo que exista ni aun que haya existido. Posee perspicacia ge-

nial, vista milagrosa y olfato sutil que le permiten penetrar hasta donde no puede hacerlo la grosera observación de la mayoría. Y luego que descubre la pobre víctima, allí donde menos se pensaba, la coge en la poderosa zarpa, juega con ella cruel, la destroza, la arroja al fin hecha pedazos. Ejemplos de esta sátira implacable se hallan en sus celebrados libros *Los hombres de pró* y *Don Gonzalo*, novelas de costumbres políticas, en que la energía de la pintura llega hasta lo sublime, y el espíritu de secta hasta la ferocidad; obras en que el autor ha puesto toda la irritación de su temperamento y todo el vigor de sus ideales extremados. Y no es fácil ni lógico juzgar estos acabados modelos de novela política con un criterio inspirado en ideas de prudencia, que vendría a encerrar la inspiración del artista dentro de límites mezquinos. Creo que las obras citadas no pueden ser de otra manera que como son. Así salieron, cruelmente sarcásticas y guerreras, de la mente de su autor, y con el ambiente de la imparcialidad perderían todo su vigor y encanto. Por lo demás, la intolerancia que tanto avallora y vigoriza el potente ingenio de Pereda, suele desarmarse en el seno de la amistad, en esos coloquios, sostenidos a lo largo de un prado o por los ángulos y curvas de sombría calleja, con algún huésped de Polanco, allí donde parece no pueden llegar los ecos de la batalla empeñada por ésta o la otra idea, de esas que al fin y a la postre, implantadas o no, modifican poco las partes positivas de nuestra existencia. Fácil es en estos coloquios, en que el espíritu parece más expresivo que la palabra, sorprender en el buen campeón algo de cansancio por tantas y tan crudas batallas como ha reñido en el terreno más escabroso

(Pasa a la página 182)



¡Absolutamente NO!

Nada existe igual a la preciosa

CAFIASPIRINA

para los dolores de cabeza, muelas, oído, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas, proporciona un saludable bienestar y no afecta el corazón ni los riñones.

"Si es BAYER es Bueno" →



El centenario del ingenioso...

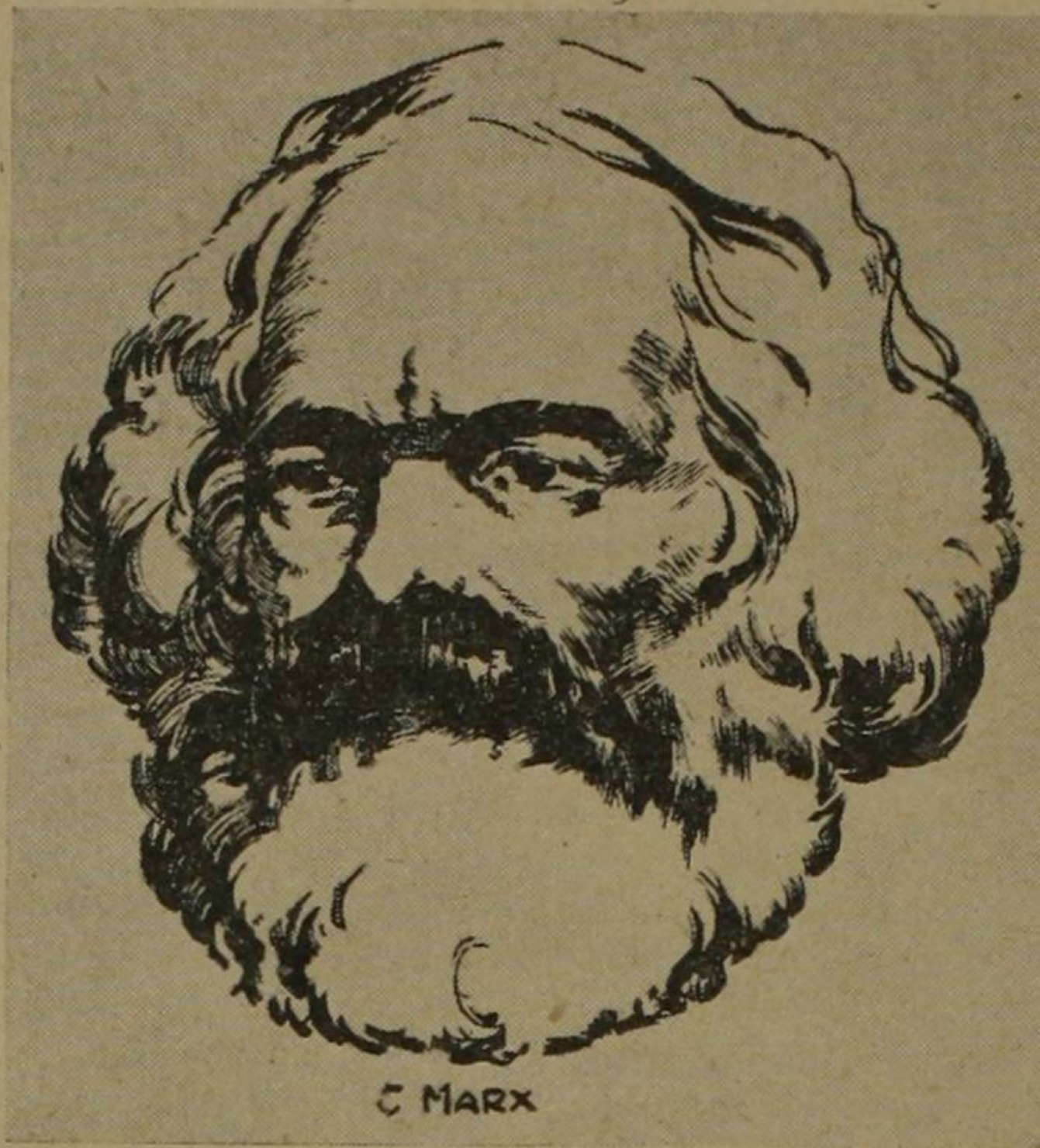
(Viene de la página anterior)

les hombres como éste, y su literatura es el reconstituyente más enérgico que puede aplicarse a la generación que hoy crece, marchita de voluntad antes de haber vivido, y enferma de escepticismo antes de haber pensado. De Pereda puede decirse, como se dijo de Walter Scott, que era el más sano de los hombres. Esta buena salud moral de que disfrutó siempre le mantuvo tan alejado de las quimeras del falso idealismo como de la baja y abyecta sumisión a las torpezas del natural tosco y feo. Su arte noble y varonil, que nunca halagó muelles instintos ni frívolas pasiones, continúa haciendo bien aun en obras de pura creación y cordial alegría. Inspira reverencia ante el misterio de las cosas, simpatía por los menesterosos y los pobres de espíritu, amor a las dulces intimidades del hogar, a las humildes y silenciosas virtudes domésticas, a las reliquias de la tradición, que susurra "al amor de los tizones" los infantiles y eternos oráculos de la poesía humana. No hay página en sus libros que un moralista pueda mirar con ceño y son muchas las que contienen altísimas enseñanzas, tanto más eficaces cuanto más inesperadas. Fué el alma de Pereda íntegramente cristiana, con práctico y positivo cristianismo, y nunca voló más alto su numen que el día en que, purificado por el dolor, se arrojó con filial confianza en brazos del Padre amorosísimo, después de un inmenso infortunio. Entonces Dios recompensó su fe, haciendo pasar sus labios el asca inflamada de los profetas de Israel, y sosteniendo sus brazos para que orase sobre las cumbres y se desatase su voz en lluvia de bendiciones al Altísimo.

"¡Quiera Dios que de ese bronce y de esa piedra que hoy inauguramos surjan, como enjambre de espíritus alados, buenos pensamientos y buenas palabras, que se posen en los labios de nuestras doncellas; que enciendan en casto amor el corazón de nuestros manebos; que ahuyenten de nuestra ciudad la discordia y la miseria; que fortalezcan todo propósito viril, toda acción generosa; que hagan germinar copiosa mies de ciencia y, lo que vale más, de sabiduría práctica, para que podamos legar a nuestros descendientes una herencia no indigna de la que nos dejó Pereda. Y tú, mi inmortal amigo, parte grande de mi alma, amigo de los de mi sangre antes que yo naciese, permíteme que sea hoy heraldo de tu gloria en esta tierra que tanto ennobleciste, donde nunca el hacha taladora llegará a abatir el roble cántabro que corona tus sienes, ni dejará de velar tu sueño el mar, tu confidente y siervo fiel, que yace a tus plantas como lebrél atraillado por tu genio!"

El cincuentenario de Marx

= De *Current History*. Nueva York, N. Y. Marzo, 1933. Traducción y envío del Dr. Emilio Valverde. San José de C. R. =



En los cincuenta años que han transcurrido, desde la muerte de Marx, su influencia ha crecido en proporciones que nos es imposible desconocer. Una doctrina que su época consideró como poco más que la utópica locura de un exilado revolucionario, se ha convertido en la más fecunda simiente del mundo moderno. Figura ya hoy en el escudo de un Estado y su nombre despierta en millones un sentimiento de veneración y de fe que ha sido, en la historia, más inspirado por los grandes fundadores religiosos que por los creadores de filosofías políticas. Sus palabras sirven de piedra de toque para valorar las políticas sociales con el mismo carácter definitivo y crédulo con que citaban las Escrituras los escolásticos medievales. Es en realidad, el socialismo de Marx el único que debe ser tomado en cuenta por los estadistas de nuestro tiempo.

¿Cómo se puede explicar un tal cambio? ¿Cómo ha sido que las doctrinas de un desterrado medio hambriento, escasamente conocidas en su tiempo, fuera de las sociedades revolucionarias o de la policía secreta de Europa, hayan llegado a constituir tan viva y esencial filosofía? ¿Cómo esos principios, cuya refutación es el oficio corriente de las Academias de Filosofía Social, han podido asegurar a Marx una inmortalidad negada a Comte y a Saint-Simon, a Proudhon y a Fourier y a Stuar Mill? ¿Por qué, aun al rechazar sus doctrinas, reconocen personas de análisis tan sereno y claro como el finado Profesor Veblen o como Mr. J. M. Keynes, por ejemplo, que no se ha lanzado reto más tremendo a la estructura de la sociedad capitalista y que, aunque su victoria sea incierta, nada menos que una profunda reorganización de la sociedad es necesaria para sostener con éxito un tal reto? ¿Cómo se explica que esa filosofía haya dejado de ser el credo de ocultas sociedades revolucionarias para convertirse en una doctrina por la que los hombres afrontan prisión y muerte, como en los grandes movimientos religiosos del pasado?

Para comprender el carácter de la enseñanza marxista debemos dividirla en varias categorías. En parte, es una Teoría del Valor con que trató de explicar la explotación inevitable de los trabajadores en el sistema capitalista y, en consecuencia, la existencia de

un irreconcilable antagonismo entre los detentores de los medios de producción y las masas. Históricamente, su enseñanza es un intento de explicar el desarrollo de ideas e instituciones en términos económicos. Filosóficamente, su mirada contempla los fenómenos (inclusive la naturaleza humana) en su aspecto puramente materialista, visión que tiene importantes conexiones con la escuela de Holbach y de Diderot. Políticamente, las doctrinas de Marx se resuelven en una defensa de la Revolución como único método por el cual los trabajadores lograrán adueñarse del Estado y se predica la dictadura como único medio para los trabajadores, de consolidar su autoridad una vez dueños de ese Estado, y, en último término, de construir una sociedad sin clases en que los hombres puedan gozar de libertad y de igualdad.

Yo no creo, en cuanto a mí, que la teoría marxista del valor, a pesar de las sutilezas de sus defensores, haya resistido la prueba del tiempo. Fué a su hora una buena respuesta a la escuela ricardiana, pero con el progreso de las doctrinas económicas su rehabilitación ya no es posible. Es digno de notarse, sin embargo, que su inexactitud teórica no es ni será obstáculo a su aceptación por todos aquellos que sufren amargamente las desigualdades e injusticias presentes. Para el economista profesional la distinción entre la "ganancia" y la "renta" es pri-

mordial, para el mal pagado trabajador ella no tiene razón de ser; éste lo único que considera es la distinción entre los que nada tienen, salvo su trabajo, y los que viven de la propiedad del capital y de la tierra. Para el análisis marxista estos últimos viven de la plusvalía producida por los trabajadores: la riqueza de los unos es debida a la pobreza de los otros. En una palabra, se roba al trabajador su producción para repartirla a una pequeña clase de ricos y de ociosos. La teoría marxista del valor ofrece al obrero una explicación simple y directa de su miserable condición; sintetiza con claridad su dolorosa experiencia personal. En una época como la nuestra, de crisis comercial, cuando hay rebaja de salarios por todas partes, la presión del capital sobre el asalariado sería inexplicable para éste si no fuese por la teoría marxista. Y en el obrero hay fácil tendencia a pasar de la aceptación incondicional de una teoría del valor (que yo creo inexacta en términos teóricos) a la aceptación de toda una filosofía que Marx creó como su lógica consecuencia.

En cuanto a ella es imposible negar sin injusticia la verdad que contiene. Cuánto mayor sea la complejidad del proceso productivo, alegó Marx, menor será el número de personas que controle sus medios. Todo contribuye a esa concentración: nuevos medios de comunicación cuyo coste y complicación no están al alcan-

ce del pequeño capitalista; costosas invenciones, igualmente fuera de sus medios; la ampliación del radio territorial de las grandes empresas que destruye el mercado local, ambiente privilegiado para el pequeño productor. La producción en masa significa el crecimiento constante de la clase proletaria y las economías que supone hace pasar, tanto en la agricultura como en la industria, al rango de asalariados los que hasta entonces habían sido productores independientes. Además, el sistema capitalista ha dejado de ser puramente nacional para convertirse en internacional: hoy el mundo entero es su mercado. Ante tan arrolladora centralización, el control de las fuerzas productivas por manos privadas es incompatible con el bienestar general, y puesto que van paralelos ese aumento y el del número de trabajadores. Estos nuevos asalariados son incapaces de soportar las miserias del régimen; además, han adquirido cierta experiencia y disciplina durante la transformación. "Suena entonces el fúnebre tañido para el capitalista: los expropiadores son expropiados". El Estado, ya en manos de los trabajadores, reemplaza a los capitalistas. En resumen, es consecuencia del capitalismo su propia destrucción y es condición de su grandeza encerrar las causas de su ruina inevitable.

Hay así, para Marx, una lucha entre el capital y el trabajo inherente a la estructura de la sociedad capitalista, concepción que él dedujo de su filosofía de la historia. Todos sus fenómenos, dijo, son el resultado de cambios en el sistema de producción; cada técnica produce las ideas y las instituciones que su máximo desarrollo exige. Leyes, religión, arte, letras, ciencia, cada una de ellas está moldeada en la economía que domina y caracteriza la época. No fué por cierto Marx el primero en exponer tal punto de vista, pero sí fué el primero en fundar sobre él todo serio concepto social. Difirió decididamente de sus precursores en cuanto a las conclusiones que de su significado extrajo. "La única causa permanente de lucha—dijo Madison—es la propiedad" y para Marx la aparición de la propiedad privada en la historia marca el comienzo de la lucha de clases, que dió origen al Estado. Desde ese momento, dice, puede dividirse la sociedad entre los

que poseen y los que no poseen los medios de producción; se libera una fuerza que explica los cambios de la historia, porque la clase poseedora, en un momento dado, moldea la civilización en sus formas principales para ponerlas al servicio de sus intereses: controla el gobierno, hace las leyes y funda las instituciones sociales según sus conveniencias. Hombre libre y esclavo, amo y servidor, han sido el eterno contraste de la historia. Con el advenimiento del capitalismo la lucha a la vez se simplifica y hace más intensa, es el período final de la lucha, en que la burguesía y el proletariado chocan mortalmente. Así como todos los órdenes sociales pretéritos han llevado en su seno el germen de su propio sucesor, como el feudalismo nos dejó el capitalismo, así este último contiene en sí mismo los principios del orden comunista. "El capitalismo—escribió Marx—engendra su propio enterrador" El conflicto, según él, era tan inevitable como reñido y tendrá que conducir con el tiempo a la victoria del proletariado, puesto que el capitalismo no podrá resolver sus propias contradicciones. La burguesía ofrece lucha por que nadie renuncia a sus privilegios mientras le quede esperanza de conservarlos. La revolución es consecuencia, producto del capitalismo. El Estado debe ser derribado por los trabajadores puesto que, en su forma actual, es simplemente el comité ejecutivo de la clase rica. Una dictadura de hierro consolidará el nuevo sistema durante el período de transición. Sería absurdo querer utilizar con ese fin las instituciones de la democracia burguesa, creadas precisamente para su defensa. No ignoró Marx la trascendencia de sus conclusiones: la historia del capitalismo marca paso a paso la historia de una terca defensa de los derechos de la propiedad, que han sido regateados siempre sin consideración de la justicia. Puede haber períodos de concesiones, los de expansión comercial por ejemplo, pero tan pronto como las exigencias obreras afectan un punto vital se encuentran con la resistencia de las armas, como sucedió en la Revolución Francesa. Ello significa naturalmente que el comunismo sólo podrá ser realizado por la violencia; el proletariado debe aprovechar el momento oportuno para derribar los patrones. Hasta entonces debe-

rá hacer todo lo posible por trastornar el régimen existente.

Y aun cuando éxitos menores fuesen alcanzados gracias a la ayuda de la burguesía liberal, "desde el primer momento de victoria, los trabajadores deben oponer su desconfianza a sus antiguos aliados". Deben crear una organización netamente proletaria: comités y consejos obreros y un fuerte partido comunista que oponga las instituciones revolucionarias y su influencia a la de la clase media en el Estado liberal. Deben armar al proletariado y hacer lo posible por reducir el ejército oficial, principal defensa de la burguesía. Donde los obreros se hayan organizado en milicias debe crearse dentro de ellas una dirección secreta que asegure su control. Los políticos más influyentes deben ser desacreditados y las huelgas han de despertar en el obrero la conciencia de su fuerza. En resumen, el viejo orden social será atacado por todas partes. Los comunistas han de tener dos objetivos: preparar la revolución y consolidarla después. Deben pensar que no son ellos los llamados a realizar el ideal, sino simplemente a liberar los elementos de la nueva sociedad contenidos en el seno de la vieja. Una mano férrea ha de dominar también el período de transición; Marx no se hizo ilusiones sobre la eficacia de los sistemas democráticos durante ese tiempo. Los ideales de libertad no significan nada en épocas de crisis: la revolución provoca indefectiblemente la contra-revolución y el proletariado tendrá que defenderse de la reacción. La revolución exige que se realicen sus fines sin detenerse a calificar los medios; desconoce la compasión o el remordimiento. Su objeto es convertir sus enemigos por medio del terror. La prisión, los trabajos forzados, la ejecución, la censura estricta de la prensa servirán para desarmar la oposición. Los métodos terroristas del capitalismo se volverán contra él y como siempre consideró la vida humana una simple y barata mercancía, no tendrá derecho a quejarse. El

fin perseguido es demasiado grande para detenerse a considerar los medios. El voto, las mayorías y otras zarandajas y apariencias de la democracia burguesa, simples ardidés de que se sirve la clase gobernante para perpetuarse en el poder, serán proscritos durante la transformación. Los comunistas deben proceder con el criterio de que lo único que importa es el cumplimiento de su voluntad.

Marx escribió poco sobre la futura sociedad comunista; sólo le interesaban, casi, la destrucción del capitalismo y la transición consecuente. Un nuevo sistema de producción acarrea nuevas instituciones que nadie puede prever. Dió por seguro el cumplimiento de la máxima comunista: "De cada cual según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades" y como medida del esfuerzo, el tiempo de trabajo empleado (hipótesis inconsistente, posiblemente). Todo eso lo dió por hecho, pero admitiendo siempre que sólo el tiempo tiene el secreto del futuro. También aceptó que durante la transición habría desigualdad en la distribución. Destruir catastróficamente es fácil, pero la creación, en cambio, no es ni inmediata ni espontánea. En consecuencia, llevó su estudio hasta el período de transición solamente. Es preciso esperar para ello que las costumbres formadas en un nuevo sistema de producción hayan creado una psicología capaz de sobreponer el dogma comunista de la igualdad al dogma burgués de los derechos individuales. Lo principal es destruir un sistema en el cual la apropiación privada de los medios de producción permite que los menos esclavicen a los más.

El resumen anterior, no obstante su simplicidad, indica la relación directa que existe entre las doctrinas marxistas y el experimento bolchevique. La revolución rusa, plasmada por sus arquitectos supremos, Lenin y Trotsky, ha sido la ejecución detallada y consciente de la doctrina y de la estrategia marxistas. Nadie que estudie objetivamente su evolución podrá negar cuán

exactamente ha seguido aquellas previsiones. Esa comprensión íntima y profunda de todo un orden social es bastante para que figure Marx entre los grandes profetas de la filosofía social.

Pero no es la Revolución Rusa el único fenómeno que le concede ese título: la crisis que sufre el mundo actualmente se ajusta también a sus previsiones. La capacidad ilimitada de producción sin la correspondiente organización distributiva; el aumento del paro; la severidad creciente de las crisis económicas; los conflictos de los nacionalismos económicos y su culminación lógica en guerra seguida de desórdenes civiles; la incapacidad de los parlamentos democráticos para satisfacer las exigencias de las masas y el reconocimiento de su propia incapacidad para resolver sus problemas, todo, todo, lo adivinó a maravilla. Su penetración le permitió ver que la prueba del capitalismo estaría en su capacidad de constante expansión y que una vez enredado en sus propias contradicciones sería incapaz, como todos los sistemas anteriores, de adaptarse a su propio ambiente o de combatirlo victoriosamente. A menos que en los años venideros ocurra una reacción del capital tan grande como su actual depresión, el desgaste de sus bases continuará. Y en ese supuesto, las profecías de Marx se cumplirán dentro de los próximos cincuenta años no sólo en Rusia sino en Europa y en América.

No faltan, naturalmente, elementos de utopía en Marx en que sus partidarios no quieren detener su atención; hay una simplificación excesiva del proceso histórico. La lucha por la justicia no terminará con la creación de una sociedad sin clases ni estará muy dispuesto a admitir el observador imparcial que la victoria del proletariado sea más segura que la de hombres como Napoleón o Mussolini. Las condiciones de esas victoria son, como lo muestra claramente la experiencia rusa, de un carácter muy especial. Será mucho más difícil donde existe una clase media con su arraigada tradición de parlamentarismo burgués, que en países como Rusia, donde no existe tal clase, y será siempre dudosa esa victoria excepto en lugares o países donde, como consecuencia de una derrota queden desorganizadas las fuerzas arma-

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 125 varas al Este del Almacén Robert
frente a Reimers.

Teléfono 4184

—:—

Apartado 338

das del Estado. Tal fué el caso de Rusia.

Hay también en Marx elementos de anarquismo cuyos orígenes debemos buscar en las doctrinas del siglo xviii que él había heredado. Pero tan exacto es su análisis del Estado pre-comunista que sus partidarios olvidan con facilidad el carácter puramente utópico de sus especulaciones post-revolucionarias.

Como a todo gran maestro, hay una tendencia entre sus partidarios a considerarlo como solitario y único en su grandeza y en su tiempo; rara vez se reconoce lo que debió a sus precursores: Babeuf y los "Iguualitarios" le enseñaron mucho de estrategia; nada relativo a la teoría del valor había quedado sin ser dicho por los primitivos socialistas ingleses; el "Manifiesto Comunista", brillante como es, debe mucho a Considérant, y Saint-Simon había visto con igual penetración la doctrina de la guerra de clases y su causa en las condiciones económicas de la época.

Pero lo que no tiene igual es, en Marx, el poder arrollador de sus síntesis, su capacidad de agrupar y coordinar toda una enorme masa de informes materiales. De él se ha dicho con razón que "encontró al socialismo siendo una conspiración y lo dejó hecho un movimiento". Con ojo genial adivinó que el individualismo liberal sólo podía ser una fase temporal, que la verdadera lucha del futuro sería entre el conservatismo, en su sentido más amplio, y el socialismo. Dotó a este último de un programa y de una filosofía mucho más arraigada en la realidad que cualquier otra de que tengamos noticia.

No es eso todo. En manos de Marx el socialismo se convirtió en algo más que una simple doctrina, fué un movimiento religioso. Jamás comprenderemos su irradiación si no nos damos cuenta que el poder por él ejercido sobre sus devotos es apenas comparable a los grandes fanatismos de la historia. Todos ellos han tenido sus dogmas, su credo, sus sacerdotes, sus mártires y no es blasfemia decir que es tan viva entre los marxistas la creencia en la revolución proletaria, como entre los cristianos del siglo i la creencia en el Segundo Advenimiento. La filosofía marxista ha obtenido de sus adherentes una devoción tan rígida como la de la Sociedad de Jesús por la Iglesia Católica Romana. Le-

nín e Ignacio de Loyola se semejan no poco por lo fanático y arquitectónico de su genio. Sobre lo infalible de los derechos marxistas hay un resplandor inequívoco de mesianismo. El poder y la fuerza de esa confianza dogmática no necesitan encarecerse en una época en que la fe en el capitalismo se tambalea aún entre sus defensores.

Se dice que el plan marxista sólo podrá realizarse a costa de un largo período de destrucción de los valores principales de la civilización. Contra tal afirmación hay por lo menos dos buenas respuestas. Decir que es un evangelio de desesperación no quita su exactitud objetiva como generalización y, por otra parte, parece curioso que hoy día sea Rusia, país que tan caro ha pagado el triunfo comunista, el único en que se respira un cierto aire de acción y de gozo. La segunda objeción, y la más fuerte, consiste en la necesidad en que se halla el capitalismo de probar, en respuesta al reto marxista, su capacidad permanente y rápida de recuperación. "Refórmate si quieres conservarte,—dijo Macaulay en 1832—esa es la clave de los grandes acontecimientos". No podrá subsistir ningún sociedad capitalista sin poder presentar la civilización que ha creado como un inmenso y continuo éxito. De lo contrario, sus contrastes ofrecen a su competidor argumentos victoriosos para sus ataques ya que tales contradicciones, inexplicables para la razón, terminan siendo fundamento de las más opresoras antítesis de la justicia.

Cualesquiera que hayan sido los defectos de Marx, fué causa determinante de su vida la pasión por la justicia; tal vez odió demasiado; quizá sus celos fueron siempre morbosos y su vanidad excesiva... Pero comprendió que las revoluciones no son simples accidentes de la historia y vió que su causa inmediata está siempre en la opresión, vuelta intolerable de los gobernantes sobre la masa. Dejó a la clase trabajadora una fórmula que, en condiciones favorables, les dará el secreto de su emancipación. Contribuyó a la filosofía de la evolución social en un grado como sólo un genio de primer orden pudo hacerlo. Nuestra interpretación de la historia, nuestra comprensión de los fenómenos socia-

José María de Pereda...

(Viene de la página 179)

de todos, que es el de las letras. Y sin esfuerzo de conjeturas, sino por la lógica misma de las cosas, se viene a comprender que teniendo Pereda su familia, sus libros y sus amigos, no se le importa una higa de lo demás.

Ignoro la edad de mi amigo, y me falta con esto el primer dato para su biografía. Para su retrato me faltan colores. Sólo puedo decir que es hombre moreno y avellanado, de regular estatura, con bigote y perilla, de un carácter demasiado español y cervantesco. Posee un retrato suyo, buena pintura y gentil cabeza, con valona y ropilla, al cual es necesario dar el tratamiento de **usarcé**. Tratándose de temperamentos nerviosos, hay que postergarles a todos para dar diploma de honor al de mi amigo, a quien frecuentemente es preciso reprender como a los niños, para que se le quiten de la cabeza mil aprensiones y manías. Hay quien le dice que todas estas **ruineras** son pretexto de la pereza, y se le receta para curarse una medicina altamente provechosa para el médico, es decir, que se tome medio millar de cuartillas y que nos haga una novela. Recuerdo una temporada en que dió en la flor de que se iba a caer en medio de la calle, y salía con precauciones mil y temores muy graciosos. Sus amigos le recetaban que se pusiese al telar. No quería ni a empujones hacerlo; pero tanto se bregó con él, que el feliz término de todo aquel desconcierto nervioso fué la encantadora novela **De tal palo, tal astilla**.

Para concluir. Es Pereda un hombre harto de bienestar, privilegiado sujeto en quien concurren dotes altísimos como su poderoso ingenio, que le hace figura de primera magnitud en las letras españolas, su bondad y nobles prendas, y todo lo demás que ensancha y florea el camino de la vida. Por tener tan variados tesoro-

ros y ninguna pena, suele preocuparse de pequeñeces, y las contrariedades del tamaño de piedrecillas se le agrandan como montaña que obstruye el paso. Cualquier contratiempo en la impresión de sus libros, la tardanza de un editor o, **pinto el caso**, la falta de cumplimiento del compromiso de un amigo, le hacen cavilar, y ponen en apretadísima torsión todo el cordaje de aquella incansable máquina de sus nervios.

Por eso, si el no haber escrito estas líneas antes de ahora es causa de que tú, desesperado lector, no hayas podido gustar antes este libro campesino y esencialmente montañés, **El sabor de la tierra**, flor la más pura quizás del ingenio de Pereda, a ti antes que a él pido perdón, aunque ambos havan rabiado igualmente por culpa mía. Y no siento yo la tardanza, sino que no haya acertado a decir todo lo que sé sobre el originalísimo escritor y maestro incomparable que ha trazado a la novela española el seguro camino de la observación natural. Su influencia en nuestra literatura es de las más grandes que ha podido haber, y la señalarán en toda su extensión el tiempo y la venidera infalible justicia de las categorías literarias. Muchos le deben todo lo que son, y algunos más de lo que parece. Si este escrito pudiera ser largo, algo más diría yo que la brevedad me obliga a dejar de la mano; cosas que tal vez no sean necesarias por ser sabidas de todo el mundo, pero que yo quisiera indicar, porque sin indicirlas no me quedo satisfecho. Y es que hablando de Pereda y subiéndole hasta donde alcanzan mis fuerzas de sectario apoloquista, siempre me parece que no le enaltezco bastante, y quisiera volver a emprender de nuevo la tarea hasta ponerle más alto, más alto y donde debe estar.

B. Pérez Galdós

Madrid, abril de 1882.

les, es mucho más profunda a el siglo xix que haya ejercido ni ejerza mayor influencia produjo otro pensador político sobre nosotros.

Harold Laski

Universidad de Londres.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Una biografía nueva de *Sarmiento*. La publica Anibal Ponce en la notable serie «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», editada por Espasa-Calpe. S. A.:

Anibal Ponce: *Sarmiento*, el Constructor de la nueva Argentina.

Scherzos titúlense las nuevas y hondas meditaciones poéticas de Franz Tamayo. Por la Escuela Tipográfica Salesiana. La Paz, Bolivia. 1932.

La Editorial Nascimento de Santiago de Chile acaba de sacar una serie de cuentos norteamericanos (de Mark Twain, A. Bierce, Sherwood Anderson, Sinclair Lewis, Ring Lardner, Thyra S. Winslow, E. Hemingway). El prólogo, la traducción y las notas son de Ernesto Montenegro. Se titula el libro como el primer cuento de la serie:

El hombre que corrompió a Hadleyburgo.

Señalamos: los cuadernos 1 a 7 de *La Universidad del Aire*, de que es Director Jorge Mañach. La Habana.

De tan ejemplar empresa de cultura, habla en estos términos—que con gusto prohijamos,—el nuevo crítico cubano Carlos Rafael Rodríguez:

Cuadernos de la Universidad del Aire, Número 1.

Contiene:

Propósitos y Método: Dr. Jorge Mañach. Cómo se formó el mundo: Dr. Salvador Massip.

Origen de las especies: Dr. Rafael Del Barrio.

Origen del hombre. Formación de la sociedad primitiva: Dr. Roberto de Agramonte. (Librería Minerva. Obispo 110, La Habana, 20 centavos).

Que «el Padre Varela enseñó a los cubanos a pensar» es ya vieja noción. Hace un siglo, no obstante desde que aquel sacerdote de cuerpo desmedrado se dejara en su sotana el escolasticismo para arribar a formas de pensamiento de mayor eficacia, y todavía no hemos salido del aprendizaje. Varela suscitó en los que cerca de él anduvieron la atención intelectual; pero su apostolado quedó ceñido—por la forzocidad circunstancial—en una minoría. Y hasta hoy la meditación

ha sido en Cuba tarea de grupos menores, sin otro premio que el goce mismo del estudio

Es cierto que en todas partes fué un poco igual, pero por el entresijo de la curiosidad nuestra cabe apenas la delgadez de una revista. El libro tiene desmesurada anchura y no puede pasar. Y sucede que el padecer de los pueblos marcha apareado con su desdén a las letras. En la asendereada «lucha por la vida» lo único que los hombres llevan de más al animal es la capacidad de comprender la circunstancia y hacerse señores de ella. Para esto tienen dos vías los pueblos: La indagación constante o un intuir casi milagroso que les permita reaccionar de manera adecuada. El criollo vivió hasta aquí improvisando la intuición de que carece. «La mano izquierda» no ha bastado para resolvernos los problemas. Es ya el instante de que comencemos a indagar.

En esto hemos llegado después que nuestros prácticos vecinos del norte. Hay allí

una especie de frenetismo hacia el hecho que lo convierte en eje de toda discusión. «Facts» es lo que pide el norteamericano. Tal vez lo racional sería mezclar su prurito informativo con cierta porción de especulaciones menos prácticas. Su camino ha de ser: desde «el hecho» hacia afuera; el nuestro de la periferia de despreocupación al dato.

Cuando este grupo ejemplar de profesores que forma la «Universidad del Aire» enunció su programa y propósito, dije en un artículo de «El País»—«Cultura Oxigenada»—las limitaciones que el radio le imponía. La Universidad se sale ahora del aire, abrigándose en las comodidades del papel. Agradecemos a los disertadores, y en especial a Jorge Mañach que ha tomado su faena de rector con toda la alegre gravedad de su generación, este denuedo por traernos a la mano lo que las ondas sepultaban tan lejos.

En los cuadernos—que se publicarán semanalmente estando ya a la venta cinco de ellos—se ofrecen las bases de una «cultura superior». La distinción entre «saber y cultura», no la hacemos aquí. Está puntualizada con certidumbre por el Dr. Mañach en el cuaderno inicial. Es obvio que no se quiere «distraer» sino mover entusiasmos hacia el conocimiento. Para ello Mañach, Massip, del Barrio y Agramonte, sacrificando en algo la pulcritud de estilo, informan, con rápido tránsito, de lo esencial en cada tema. Gentes formadas en la disciplina de la enseñanza los profesores de la Universidad del Aire, dejan en el público la impresión más cabal que de los asuntos se tiene hasta el momento.

Y además, al finalizar cada conferencia, se apuntan los libros en que seguir por nosotros mismos el examen. Aprovechemos este grato paseo por la Historia de la Cultura para extraer las nociones que estamos precisando. Al vivir tenemos que dotarnos con una idea del mundo. En la escuela y las profesiones se nos muestra lo menor de él; la cultura conduce a la encrucijada por donde sus caminos atraviesan. Y estamos en aptitud de llegar hasta ella porque como dice Jorge Mañach en su charla primera «la oportunidad de cultivarnos por la vía de la inteligencia se nos da a todos, por lo menos a todos se nos ofrece».—CARLOS RAFAEL RODRIGUEZ.

De San Salvador nos llega este librito:

Constelaciones. Por M. López Pérez. Madrid. 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Castelar: apogeo y perigeo del excelso tribuno

(Con motivo del centenario de Emilio Castelar)

= De *El Liberal*. Madrid. Envío del autor =

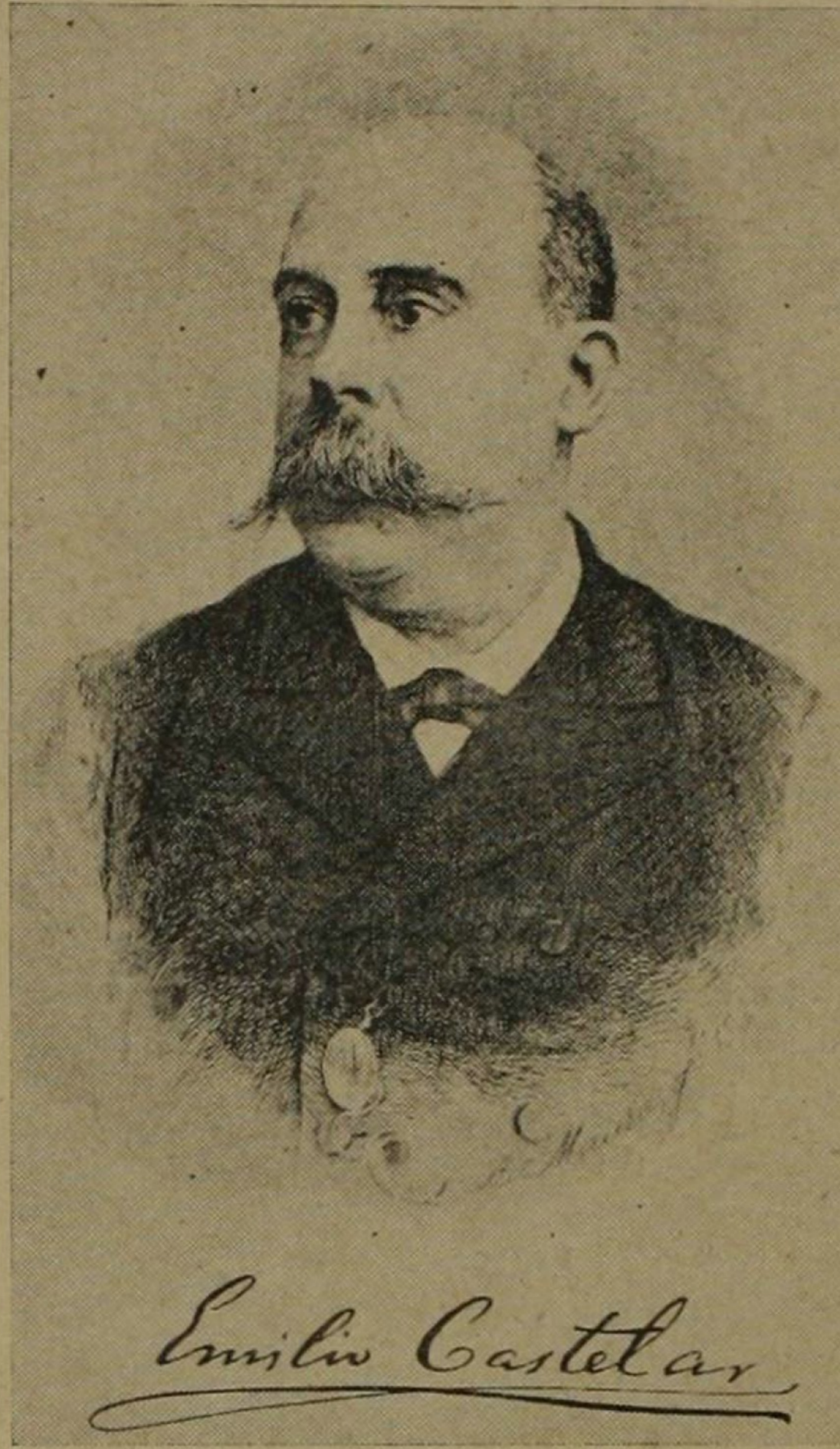
CUADRITO DE EPOCA

Una vela blanca y pura como una pluma de gaita va trazando no sé qué misterioso signo sobre la línea del horizonte. El viento del Este arruga la reluciente lámina del mar Menor y encrespa los árboles de la murciana costa. Mayo hace espuma en los naranjos. Es el tiempo en que la morera de velloras hojas se cubre de nuevos brotes y en que las guitarras y bandurrias turban el sueño de las mozas y el silencio susurrante de la huerta. En las barracas, de muros de adobes y caperuza de paja, hacen su visita los primeros ramos de flores, junto al tinajero, el fogón y el arca grande de pino, oliente a pan y a frutas maduras.

Una luz marinera y huertana da lustre a las arenas, a los frutales y a las altas ventanas de la quinta de los Servet, en San Pedro del Pinatar. Don Emilio abre las vidrieras de su alcoba y echa una ojeada sobre el campo. Aspira con fruición el buen olor de los granados, cidroneros y limoneros, que viene cabalgando en el aire. Luego se pone a escuchar cierto vago rumor que intercepta a veces el chillido de los pájaros. Algunas zancudas pasan a lo lejos, sobre el acantilado. El rumor se ha ido haciendo cada vez más perceptible, hasta llenar con su sonoridad el paisaje. Todo adquiere como un humilde candor al imperio de las musicales ondas. Es la campana del oratorio de la quinta, que llama a misa dominical. La campana campesina va filtrando desconocidas y celestes mieles en el corazón del contemplador.

Don Emilio cierra la vidriera, pone en orden su modesto atavío y asiste al oficio cristiano. El viento del mar, a paso de carga por los corredores, penetra en el oratorio como en su propia casa. Los cirios tiemblan ante la presencia del intruso y las colgaduras se inflan como velas anhelantes de partir. El oleaje marino resuena como un órgano distante. Esta es una especie de misa panteísta, la misa por excelencia que acompañan, a modo de monaguillos, los elementos y que la primavera satura con sus rurales fragancias. Los huertanos lucen orgullosamente su manta espinardera lorquina, sus almidonados zaragüelles y sus alpargatas de cintas negras. Con su sombrero de anchas alas dando vueltas entre sus manos rugosas, sienten penetrar en su alma, como un chorro de frescura, la beatitud de su tierra, de su mar y de su cielo.

Después, el paseo a lo largo de las rocas aborregadas y las sinuosidades del litoral. Guitarras que zumban como abejorros mayores de la primavera. Carretas de bueyes que transitan por los senderillos llenos de sol. En un claro, frente a un redondo moral, jóvenes parejas bailan la típica "parranda". Los huertanos se alegran de domingo y de vino. Don Emilio, lento y claudicante, si-



UN CENTENARIO

La marcha de Cádiz

= De *Luz*. Madrid =

¡Cádiz! Fuerte de arranque hacia todos los mundos hispánicos, interiores y exteriores. Un día son hombres, los viajeros; otro día, entre el asombro de muchas gentes de España que aun aplauden la vuelta del necio despotismo, la que viaja es una Constitución. Al pensar en Cádiz, rebrincan siempre nuestros nervios al compás de una pasodoble. ¡Marchar, marchar! Cádiz es, ante todo, un punto de partida. Desde allí se va a reconquistar Iberia o a reconquistar Atlántidas. Rosa de los vientos. Primera piedra en cualquier monumento a los juveniles idearios de Europa. "Cuna de la libertad..." Etc.

Al intentar erguir una pequeña construcción en homenaje al gran apolo-gista de la democracia española ¿cómo no ibas a salirnos al encuentro, Cádiz? ¿Dónde mejor que en tu regazo pudo nacer Castelar?

Y fué la misma Constitución, en aquella su primera etapa heroica, enriquecida con mártires ilustres, ferozmente ultrajada por el déspota borbónico y sus satélites, la que inesperadamente determinó esta alianza simbólica entre la ciudad de 1812 y el recién nacido. Porque los padres de Castelar no eran andaluces.

Levantino con gotas del Sur fué nuestro héroe. Quien se juzgue capaz de aquilatar esencias geográficas, de medir el alcance de esos zumos vegetales que corren desde las entrañas de la tierra

(Pasa a la página 191)

que su paseo con los ojos puestos en el sosegado mar Menor. Unos barquichuelos se mecen en un fondeadero. Más allá, unas palmeras, los ápices agudos de unas plantas de pita. Litoral peñascoso. En el horizonte, naves que vienen de Cala Blanca con su carga de mineral de hierro.

Los pescadores canturrean mientras preparan sus alquitranadas redes. Los botes crujen. Dan sus últimos golpes en el agua los remos chorreantes. He aquí que la red, ya lista, se sumerge en el mar y sólo quedan visibles sus flotadores de corcho. Un paréntesis de espera en que se cargan las pipas. Una quietud paciente y silenciosa en la que salta de vez en cuando un agudo chascarrillo regional. Luego, los desnudos brazos musculosos tiran de la pesada red, donde se debaten prisioneros centenares de peces. Angustioso batir de aletas y fugaz relucir de escamas. Saltos y cabriolas sin fin de los que sienten escaparse el aire branquial, la respiración bienhechora y con ella la vida. De la red a los cestos van pasando los pequeños cadáveres de plata, contados por expertas manos.

Cerca de los pescadores, don Emilio contempla, con los ojos bañados de tristeza filosófica y el bigote caído, los episodios de la pesquería. Las convulsiones agónicas de los peces que mueren asfixiados le hacen pensar en el trascendental tema de la existencia. Barrunta su próximo fin y le invade una ola de acedia. Su espíritu se conturba ante la idea de la muerte, y más aun de la angustiosa muerte por asfixia. Flaquea el cuerpo envejecido del pensador. Al buen hombre que le acompaña le dice con una voz débil como un soplo, señalando con su bastón el cesto de los peces: "¿Quién sabe si yo moriré como ellos?"

TEORIA DE LA ASFIXIA

La laringe, la tráquea, los bronquios son los caminos sensibles del aire. El pulmón es la meta. Allí en ese órgano que los fisiólogos comparan gráficamente a un racimo, esas pequeñas uvas que son los alvéolos pulmonares, captan el oxígeno del gaseoso elemento. Ya nutrido de vital sustancia, el vino rojo de la sangre recorre la intrincada tubería de las arterias en un trabajo de superior alquimia. El corazón acompaña—motor acompasado—el funcionamiento del maravilloso mecanismo. Mas si el aire llega a faltar, momentáneamente se aceleran los movimientos respiratorios en un esfuerzo por restablecer el perdido equilibrio. Enseguida el mecanismo funciona con mayor lentitud y el corazón se para. La muerte ha sido cosa de pocos minutos. Este fenómeno que se observa en el campo de la fisiología, suele suceder también en el mundo de la política. El fracaso de un régimen, de una doctrina o

(Pasa a la página 188)

RITMO Y LUMINARIA

Ardiente ser; poética actuación...

Jorge Carrera Andrade

= Envío del autor. Madrid =



Jorge Carrera Andrade

1.—Frente a incomprensivas generaciones de tránsito, obcecadas en dilatar su reinado de conmoción al momento tranquilo de un nuevo crear, el dicho de Emerson biografiándolas sin intentarlo, contando al poeta: "pasarás largo tiempo por un loco y un misántropo zopenco".

Y las generaciones fatuas y poco vitales, gozándose del falso comentario de su vida estéril, creída trascendental, única. "Pasarás largo tiempo por un loco y un misántropo zopenco", le dicen al poeta que a ellas pertenece, indicándole la llegada de un reconocimiento. "Estoy creído por un loco mucho tiempo, lo cual es símbolo de una incomprensión, de una jerarquía", se repite este falso poeta, incesante.

Porque "locos" sobre todo, en aras de una moda o uniforme quieren seguir llamándose, los falsos reformadores del arte. Los reformistas, nada reformistas como poco innovador es el que reformista se denomina políticamente. Porque como algo abstruso, con placer quieren ver denominados los frutos sin sazonar, perfectamente verdes, que en leves cartillas temporalmente presentan a una multitud que nada se explica, que en nada se innova.

El placer de los unos es lo que ellos creen una deshumanización. El desdén de los más, es su incomprensión completa, que sin embargo, encuentra su subconsciente origen en no ver alma, calor, poesía, en lo que como tal se les presenta.

Y en la batalla, sin saber él mismo por qué, sólo ese espectador colmado de razones. Sólo el espectador que en todo ve productos inexplicables, derrocando lo que se planteó una vez, para que él mismo fuese derrotado.

Sólo una perpetuidad obstinada, haciendo palpable una insinceridad paladina. La creación de un molde, corruptor de ritmos, de ansias, de esencias, descubierto sin saberlo por el espectador, que con desdén ignorante, rechaza una rutina, la dictadura de una idea, no idea; una idea vieja que pretende, maquillada por los femíneos gritos de sus nietos esclavizados, lucir atrayente, gozosa.

El deshumanizado es actual-

mente la lacra sentimental de lo poético. El deshumanizado, que centro y suramericanos rechazan como no conveniente a sus fines, no es tampoco conveniente a la Europa que un día, con otro objeto que el de su permanencia, de la deshumanización se sirvió para una gran batalla. El deshumanizado es un sencillo elemento anacrónico, porque anacrónico, como recuerda Ortega, es todo lo que sin vida pretende vivir; prolongar su muerte. Y no puede sentir—aparte su vejez—un arte deshumanizado, porque nunca elemento deshumanizado fué el arte, ni nunca una deshumanización existió sino en la imaginación veloz de un crítico o de algunos ligeros valorizadores. El deshumanizado, sucio por los medios, que no elevado por un fin altísimo, no supo—y de aquí su risible fisonomía—intuir la inmensa humanidad del que con simples grafismos, con metáforas y signos de palo, se batió incesantemente, lleno de humanidad, si con elementos deshumanizados, al sentirse ardidado por una nueva humanización, no la humanización subsistente.

El alegre crítico, como quien intentó crear lo increíble, pecaron, y en su obstinación pecan, de un superficial afán de modernidad, de "señoritismo" mejor, traducido en una precipitación por justificar todo producto, toda consecuencia. Uno y otro, por su deseo loco de rotundizar, hubieron de confundir el prólogo de un hecho, con el próximo desarrollo de un hecho histórico. El crítico y el artista, sin sentirse capaces de romper con la fofa humanidad de un arte con muletas, corrieron—sobre todo el segundo—a considerar lo frívolo como base de un arte, que al ser frívolo, no se hubiera en nada—sólo en la voz—diferenciado del anterior.

Y ninguna frivolidad existía, ni existe, en un auténtico, rebelde grito, como frivolidad no encontramos en el contrario que abre de una pedrada la teta del zopenco incomprensible. Sólo frivolidad en el que lo rebelde, lo transcendente, si lo pasadero, sabe considerarlo como frivolidad perpetua. Sólo lágrimas en el innovador, que en lugar de despertar una atención aplica-

Poemas del tiempo manual

= Envío del autor. Barcelona, España =

III CLASE

En tercera clase
los soldados cortan con sus navajas
rebanadas de tiempo.
Los obreros desenrollan la viruta bicolor de las frutas.
En el pecho de la locomotora
una luna que viaja sin pagar se despierta las noches.

Bodegas de Berlín.
He aquí la cerveza de ojos inluminados.
La plaza de Lutero es mercado de Legumbres.
Se ha hecho una estadística del consumo de pan por las gaviotas.
En la nieve—primera comunión de la tierra—
hombres y mujeres hacen el deporte de invierno.

Catedral de Colonia:
Los esbeltos volúmenes
subiendo de hombro en hombro circundados de azul,
Construcción en negro de la escarcha
con longitud de música!

En la línea Colonia-París
nos salían al paso los campos mozos.
Los sembrados, sin memoria de la guerra,
lucían cabellos de oro.
Los esqueletos más jóvenes tenían ya doce años.

Estaciones belgas con sus relojes para marcar siglos.
Soldaditos azules junto a las fachadas azules.
Bruselas está tras de ese muro.
Dos metros de huerta viajan en carro al mercado.

Las calles de París nos son conocidas
aunque no las hayamos visto nunca.
Arco de Triunfo
parado en cuatro patas con su carga de historia.
Los pájaros de Notre Dame son relieves con alas.

(Pasa a la página siguiente)

ble a lo por hacer, consigue cuidado para lo que sólo pretende lograr lo irrealizable.

La frivolidad no puede hallarse en el cubismo, ni en lo ultraico planteado, no frívolamente, sino rota, absurdamente—con conciencia en el sano artista de esa absurdidad—para quebrar toda absurdidad existente. Pues lo frívolo es siempre una consecuencia y no algo original, ya que sobre ello no hay ulterior construcción posible. Y que el ultraísmo resultara frívolo, era necesario, aunque no importante, para el arte que necesitaba desarrollarse en un campo limpio merced a él, pero absolutamente independiente. Bien es que, considerando lo ultraico como principio de una era—era que precisamente termina en ello mismo—de frivolidad, había de surgir ese falso continuador deshumanizado, que no es, puesto que no tiene nada que continuar sino crear: humanizarse.

Ese elemento que no parece sentir en lo vital la Guerra europea, puesto que su arte es guerra débil, alargada, inútil. Ese individuo, que no observa el mundo, purificado por una conmoción guerrera, un nuevo mundo por la guerra originado, o por originarse, es el que construye—ladrillo, sobre ladrillo,—una poesía guerrera, que desambientada, deviene vieja.

Quien no vió en el auténtico "ultra" un super-humanismo que utilizó,—no sintió,—una deshumanización para sus fines, imposible como las revoluciones de prolongar, se llama insistentemente revolucionario, colgándose el cartelito de su perenne descontento. Ignorando que el revolucionario siente la santa revolución—deshumanizada, inhumana—como un medio, que nunca como una consecuencia, como un fin digno de conservarse, de hacerse perpetuo. El deshumanizado, frente a un conservadurismo contra el que llenos de humanidad hubieron los sinceros de levantarse, crea frívolamente un trágico conservadurismo viejo, no menos despreciable. No intuyó, tras la utilización de lo frío, de lo geométrico, el nacimiento de una nueva topografía sentimental, erosivamente modificada por lo nimio, por lo vasto, por lo vulgar, por lo extraordinario. El surgir de generaciones poéticas, impregnadas de un nuevo sentir, que no de una vieja estridencia, por su engolamiento creída joven. Porque el des-

humanizado que en arte es el nuevo burgués, nunca concebirá que precisamente la revolución,—el ultraísmo y el cubismo,—es final de ello mismo y no un principio que no puede ser creado por lo que se ignora. Porque el no artista, como el no vital, duda de que la vida lenta, repetida, idéntica, en arte original por sí misma una revolución que es su fin; un fin creado por ese caos a que ella misma se condujo y en el que el nuevo elemento sabe encontrar su iniciativa, su originalidad.

2.—Y en esa confusa lección, deslabazada, triste, el nuevo elemento, un elemento joven, Jorge Carrera Andrade en este caso, recogiendo la vida deshecha, encargándose de su reconstrucción, en su propia vida, en su auténtica originalidad, que de no existir, reflejaría aquella fotográficamente. Extrayendo una nueva vida de lo incierto, en su soledad, a la luz de su propia luz, y no por mero afán de extraerla, sino obligado por la necesidad de su existir, que no desarrollaría sino en un ambiente elabora-

do por su misma existencia. Impulsado por el ardor de su iniciativa poética, de su naturaleza poética, que le lanza al mundo, no en su busca, sino en busca de otros mundos, en los que puedan vivir sus claras imágenes, en los que su poesía—y fijémonos bien lo comprometido del adjetivo su—se desarrolla.

De lo inerte de una cierta época, que en su estertor, en el agotamiento de su combatir, dió paso a poetas como Carrera Andrade, el autor de los *Boletines de Mar y Tierra*, extrayendo de las cosas, su sabrosa, su íntima pulpa, si maravillándose de lo extrínseco de una manzana, de su "geografía en carmín y amarillo". Porque el poeta, lo es, en la medida que no cesa de descubrir, de gustar, poniendo en esta palabra un sentido central, de confluencia de todos los sentidos. El poeta, siempre en eso es niño, puesto que la cosa para él siempre es algo desconocido, completamente distinto, según pasan las facetas de su íntimo, de su personal conocimiento. Y por ser niño, es por lo que nunca hay poetas amadores de la nimiedad, sino que la poesía precisamente es eso, suma de nimiedades, suma de consecuencias íntimas, originales de los mundos en virtud de los cuales son. Porque no es que lo nimio, posea mayor trascendencia que lo inmenso, sino que al poeta, si en él late poesía y no calor retoricista, le es esto mucho más familiar que lo insignificante. Y Carrera Andrade hará que "a las cinco, el chorro de la estrella llene el pequeño cántaro del grillo", y "que entre sonrisas la niña vaya rayando con la tiza de sus dientes el barrio negro de Panamá", así como que "disparen al silencio con sus granadas de vidrio veinte gallos artilleros".

Mas, observemos que Jorge Carrera Andrade no vuelve a lo nimio para contemplar lo insignificante. Percibamos todos los elementos manejados en su poesía en plena actividad, en un constante hacer, en excesiva movilidad. Encontramos en su poética una preocupación, que es por lo que a nosotros Carrera Andrade se nos presenta interesante.

Analizando la poesía de nuestro tiempo, observamos una tendencia en ella, auténticamente colorista. La metáfora, ha venido siendo y sigue presentándonos como algo que sabe deslumbrar, que sa-

Poemas del tiempo...

(Viene de la página anterior)

En la ruleta de la Concordia
aposté al cero de la luna mi esperanza.
Un domingo al salir del Louvre
descubrí que el hielo es la estatua del agua.

Silencio remero de los botes pescadores.
En los mariscos del Mediodía hay un sorbo de sol.
Pueblos vascos con su boina de niebla.
Los faroles españoles
se baten a estocadas con las sombras.
Todo es apariencia, signo, tránsito.

El mundo es uno mismo a pesar de sus formas.
La misma soledad hospedada en los huesos
y la misma afirmación proletaria
de los hornillos callejeros para calentar castañas.

EVASIÓN DEL LUNES

Esta es la evasión desde un plato de legumbres
hacia el aire ocioso que descabeza un sueño,
hacia el barril del patio
de donde brota un vinillo tierno convertido en arbusto.

Andalucía es rica en vinos,
carabineros, mariscos y guitarras.
En la piel de toro de la noche
se hinca temblando la banderilla de la copla
y el viento hace faenas de capote.
Los taberneros de Cádiz, Vigo y la Coruña
juegan una baraja sin reyes.
En España han hecho la república las yemas,
los árboles con hojitas tricolores,
los pájaros recién llegados
metidos en abril y en vida nueva.

"A. B. C.", "Le Journal", "Nachtausgabe", "The Times"
nos dan una imagen errada de este mundo,
sin paseos en barca,
sin la pequeña novela de la mecanógrafa,
sin la verdadera fisonomía de las ciudades
llenas de cines, frutas y mujeres,
y sin el drama herrumbroso que esconde la alcachofa
o el sombrero de una almeja.

Hombres de este siglo, de esta Edad del papel:
nos ocultan la tierra follajes de palabras,
mientras madura el cielo sin testigos
sobre los estanques tendidos a la bartola bajo los árboles.
Hay algo más que métodos, sistemas y doctrinas:
el aire libre, la luz libre, el agua libre,
el perfil de la voz calcado por el eco,
el alzamiento de los vegetales contra la Economía Política,
el gozo del color, el gozo del sabor, el gozo del olor,
la desnudez, los sueños, el buen tiempo, la risa
y la luna recién sacada del horno
repartida entre todos y, sin embargo, integra.

(Pasa a la página siguiente)

be maravillar, como una flor atractiva. Pero es Jorge Carrera Andrade quien en su poesía advierte el peligro del factor color. Pues el autor de "Estanque inefable", ha penetrado el secreto de la falsa metáfora, de la metáfora ausente de calor, y abundante, plena de un colorido, resultado de sumas, de combinación de elementales tonalidades intranscendentes.

Y ha descubierto un pobre, pero perjudicial secreto, porque Carrera adivina el elemento origen de esta consecuencia antipoética. No es que el color vayamos a despreciarlo como diferencial factor de lo poético. Por el contrario. Lo que no nos interesa en absoluto es la pintura. Es decir, el color preestablecido, colocado "a priori". Ningún poema que como tal poema pueda interesarnos, deja de poseer un color distintivo, y es por esta clase o tonalidad especial del colorido en las composiciones líricas, por lo que podemos apreciar instantáneamente su valor, asignándolas una jerarquía. Pero el color, como la metáfora, es consecuencia de un algo, esencial, especialmente poético, que engendra toda la bondad de la composición: la pura emoción. La subjetividad emocionada que requiere para cada uno de sus momentos formas distintas de expresión, recubiertas en virtud de su propia intensidad, de substancial, diferencial colorido.

El colorido en lo poemático, (véase "Platero y yo", que es todo color porque es todo pasión y dulzura), es la temperatura evidente de lo íntimo. A más intimidad, mayor colorido, y en los distintos matices de éste, el polifacetismo interior del poeta. Pero el color auténtico en poesía, no deslumbra, no grita. Es decir, el colorido que es sólo consecuencia, elevada a substancialidad por la emoción, no puede alardear. Todo alarde es un elemento negativo en arte. Y si Jorge Carrera Andrade no hubiera descubierto este secreto, sus imágenes no brillarían con el color que es consecuencia de lo medular, de lo íntimo; sus imágenes serían, esc sí, imágenes deslumbrantes, jactanciosas, molestas.

El color solo es, sin embargo, un resorte en la maquinaria íntima de Andrade. No es esta propiedad en su obra, todo. Sus metáforas, a más de acusar un colorido incendiado—cuyo origen más tarde hallaremos—señalan, como ante-

riormente bosquejábamos, una especial movilidad, una estratégica colocación geográfica de los elementos que en ellas intervienen. Carrera Andrade, como también hemos dicho, no vuelve a lo nimio, en el sentido de venerar lo nimio. Jorge Carrera Andrade no adora lo insignificante. Y adorar, como cantar en exceso, es propiedad esencial y negativa de un gran porcentaje de poetas, y en especial, de una gran cantidad de poetas americanos. Sino que por el contrario, dignifica lo nimio, y esto es distinto. Supera la nimiedad en especial dinamismo, haciéndola vibrar con vibración análoga a

la vibración que a él le hace poeta, librando su poesía de una retórica consecuente, de una resultante retórica, como corolario de admirar, de cantar, de adorar, la quietud de lo que como cosa se nos presenta.

Apuntemos varias de sus imágenes, aparte las tres, anteriormente escogidas: los mástiles son cañas para pescar estrellas; reloj: picapedrero del tiempo; moja el chopo su pincel en la dulzura del cielo, etc.

Como las anteriormente escogidas, como todas las suyas, las metáforas en Carrera Andrade son auténticos argumen-

tos. Pequeñas leyendas que exigen y no ocultan su héroe, un héroe activo, que las convierte en instantes arrebatados, llenos de una movilidad, acusadores de un constante hacer, que no da quietud, falsa serenidad, a su poética, sino por el contrario, interesante movilidad, que incesante expresa el ardor normal, extraordinario de un temperamento.

Carrera Andrade supone que la veneración de lo estático podría hacer de su poesía un pastiche retórico, y abominándolo, intenta y consigue el que cada elemento en su sentir posesionado como de una pasión egocéntrica, actúe, se comporte independiente. Hace trabajar a las Cuatro horas desnuditas, que "parten en cuatro tajadas la mañana de sandía". Y a las estrellas serafines, las asigna el "lavar todo el negro en aguas de sombra y silencio al fondo de la noche algibe". Igualmente que obliga a los molinos, a que en la hoja blanca de la harina, impriman la arenga proletaria de la espiga.

El héroe, cualquier insignificancia como protagonista, es el secreto poético de Jorge Carrera Andrade, quien no es por esto por lo que adora a lo nimio. Puesto que lo que Carrera ejecuta es la substancialización de lo auxiliar. Y en su poesía no hay nada auxiliar, como no hay nada que eleve la curva de su nivel sobre las curvas restantes. En él, en su obra, se anula el argumento, para dar paso a un sin fin de argumentos, pero argumentos desarrollados en cada instante.

En los instantes de su íntimo sentir. Esos instantes que componen sus escuetos, sencillos y quebrados paisajes, nunca resueltos por superposición—la mayor superposición de elementos, es la odiable retórica—sino por diferentes particularidades, que encarnan en su hacer, el héroe necesario. Los héroes necesarios, resultando hojas de un sentimiento, que como el grano de maíz, "todas las madrugadas, en el buche del gallo se vuelve una mazorca de cantos".

3.—Observada la poesía de Jorge Carrera Andrade desde otro punto de vista, nos descubre también innumerables facetas sabrosas. En él leemos: "el almendro se compra un vestido para hacer la primera comunión". Puede la agilidad de esta metáfora considerarse de dos maneras, si bien las cosas y los hechos, sólo son de la manera que de ellos se escapa, como un humo indica-

Poemas del tiempo...

(Viene de la página anterior)

SOLEDAD DE LAS CIUDADES

Sin conocer mi número.
Cercado de murallas y de límites.
Con una luna de forzado
y atada a mi tobillo una sombra perpetua.

Fronteras vivas se levantan
a un paso de mis pasos.
No hay norte ni sur, este ni oeste,
sólo existe la soledad multiplicada,
la soledad dividida para una cifra de hombres.
La carrera del tiempo en el circo del reloj,
el ombligo luminoso de los tranvías,
las campanas de hombros atléticos,
los muros que delectan dos o tres palabras de color
están hechos de una materia solitaria.

Imagen de la soledad:
El albañil que canta en un andamio,
fija balsa del cielo.
Imágenes de la soledad:
El viajero que se sumerge en un periódico.
El camarero que esconde un retrato en el pecho.

La ciudad tiene apariencia mineral.
La geometría urbana es menos bella
que la que aprendimos en la escuela.
Un triángulo, un huevo, un cubo de azúcar
nos iniciaron en la fiesta de las formas.
Sólo después fué la circunferencia:
la primera mujer y la primera luna.

¿Dónde estuviste soledad
que no te conocí hasta los veinte años?
En los trenes, los espejos y las fotografías,
siempre estás desde entonces a mi lado.

Los campesinos están menos solos
porque forman una misma cosa con la tierra.
Los árboles son hijos suyos,
los cambios de tiempo observan en su propia carne
y les sirve de ejemplo la sastrería de los animalitos.

Esta soledad es nutrida de libros,
de paseos, de pianos y pedazos de muchedumbre,
de ciudades y cielos conquistados por la máquina,
de pliegos de espuma
desenrollándose hasta el límite del mar.
Todo se ha inventado.
Mas no hay nada que pueda librarnos de la soledad.

Los naipes guardan el secreto de los desvanes.
Los sollozos están hechos para ser fumados en pipa.
Se ha tratado de enterrar la soledad en una guitarra.
Se sabe que anda por los pisos desalquilados,
que comercia con los trajes de los suicidas
y que enreda los mensajes en los hilos telegráficos.

Jorge Carrera Andrade

Europa, 1932.

dor de la combustión creadora, interna. Unos afirmarían urgentemente: He aquí, una leve forma, estridente. Otros, los menos, pensarían en uno de los caracteres que hacen peculiar la poesía de este joven artista: su beneficioso origen americano.

Los primeros podían ser confundidos con suma facilidad, copiando palabras del propio poeta, cuando afirma: "Tenemos que hacer el reparo de que ni la nueva ortografía, ni la nueva caligrafía del poema deben ser consideradas como verdaderas características, ya que no son reformas hechas para subsistir sino reclamos para atraer actualmente la atención del gran público hacia la obra de arte".

Los segundos, los que como nosotros opinen, sólo al leer que "el almendro se compra un vestido para hacer la primera comunión", que "desde su altura, las ventanas orientan a las multitudes con sus arengas diáfanas", y que "la caída de las plumas de los ángeles anuncian los termómetros", hubieran comprendido

que una no existente ligereza se encuentra reemplazada por un exceso de vitalidad, de humanidad, de racial sentimiento.

Acostumbrados estamos a que al poeta se le denomina americano porque a América cante, e incaico porque al indio nombre. Es muy usual que una retórica americanista, o una indígena forma de hacer, siempre superficiales, se las considere expresión pura de América, para que al contacto con la poesía de Jorge Carrera Andrade olvidemos que en él subsiste un afán, un afán que él mismo no siente, sino que le hace ser y hacer, la poesía que hoy nos preocupa.

La fluidez: más que la fluidez, la agresividad evidente de sus formas, a la vez, que una sencillez purísima, dominando todas ellas, contrastan con la construcción primitivista que predomina en la poesía de Jorge Carrera Andrade. Las metáforas que de él salen, parecen **moldeadas**, recortadas en un bloque encendido de barro, que a nuestra vista hiere, con herida delatora de un autén-

tico sentido racial. Esto es el segundo concepto capital que de la poesía del autor de "La guirnalda del silencio", podemos formar.

Carrera Andrade, sin proponérselo, sin deber exigirse lo que de no surgir espontáneo, no cuenta, siente de manera sencilla y fuerte, callada y encendida, la savia interna de la nación, mejor, de la raza, en virtud de la que su poesía, no puede ser más que poesía americana. ¡Poesía americana! Poesía americana, precisamente, por diferenciarse de toda la vieja poesía americana: porque Carrera Andrade siente, como Mariátegui, la sencillez india y el silencio inca, en el que al advertir un resalte emocionalmente topográfico, disuena, con ese ritmo roto, peculiar, del que está impregnado toda su poesía.

Lo frívolo se ahoga, con un exceso de humanidad, con un exceso de racialidad. Carrera Andrade, haciendo primeramente protagonista, todo aquello sobre lo que su mirada emocionada cae, sabe en su raza, en la raza que destilan

sus poemas, no dejar de ser universal. Puesto que su veneración es una consecuencia de un ardor étnico que sabe peculiarizar también su emoción, que ingenua, grandiosamente planteada, habla de continuar un anhelo mundial, que fijado en las propias raíces del poeta, fructifica lo que sin esta ansia cósmica devendría patrioterio.

Sólo en esto es Carrera Andrade infantil: en la risa rota de sus formas. En la risa tatuada de esencias diferenciales, de contenidos americanistas, que no necesitan ser cantados, sino convertirse en medios, en elementos auxiliares: en tintura sanguínea, bañando cada letra, cada idea, cada emoción, universal y particular; omnímoda y nimia, del ritmo, del substancial ritmo, que ni Jorge Carrera Andrade, puede saber particular, personal o universal, aunque sólo de él. Del que lo sabe sentir, sin saber que lo siente...

Enrique Azcoaga

1-IX-32

Castelar, apogeo y perigeo...

(Viene de la página 184)

de un partido no es sino su muerte por asfixia. La popularidad es necesaria como el aire para el vivir político, y cuando falta este elemento primordial, la muerte sobreviene inexorable. Ese "aire de muchedumbres" ha nutrido a lo largo de la historia del mundo a los grandes conductores, caudillos y civilizadores. Ha habido también hombres señeros que cubiertos con la escafandra de luz de la soledad han llegado a respirar en una atmósfera limpia y serena, atmósfera de altura, lejos de la multitud; pero éstos han sido los menos: sabios, héroes y místicos.

Castelar—el individualista—sintió más profundamente que nadie el pueblo, lo colectivo. Fué hacia las masas en busca del ambiente indispensable para que su ideario pudiera vivir y prosperar. El miedo de la asfixia le hizo adoptar posturas contradictorias, actitudes que no encajaban dentro de la órbita de su confesión política. Orador ante todo—hasta en el estilo y en la vida—gustaba de entrar siempre por las dos grandes puertas del éxito y del favor público, que algunas veces se le cerraron al declinar de su existencia. El mozo entusiasta y elocuente que después del pronunciamiento de Vicálvaro, en el mitin del teatro Real, prendió el fuego de la libertad republicana en los pechos españoles, se volvió el escritor tolerante de "La Soberanía Nacional" y de "El Tribuno". Catedrático de Historia en la Universidad Central de Madrid, fué admirador de Felipe II, el sombrío caracol del Escorial. Autor de la llamada "Fórmu-

la del progreso", combatió sin embargo, con ardor las doctrinas modernas que Pi y Margalí sembraba por ciudades y campos peninsulares como una semilla luminosa. Su polémica con el sabio catalán y su campaña periodística contra el socialismo y el federalismo le dieron inmensa popularidad en su tiempo. Mas cuando vió—a la vuelta de su destierro—que las ideas federales se habían expandido ya por toda España, no tuvo inconveniente en aceptarlas y fué a ocupar un puesto en la dirección del partido demócrata a lado de Pi y Margall y Estanislao Figueras.

El político gaditano necesita con todo una más amplia resonancia para su oratoria, un marco más grande para su figura tribunicia, y esto le dieron las Cortes. Tumultuosas y pintorescas Cortes del año 1869, en que alternaban los chalecos carlistas y las pecheras democráticas en los escaños de los representantes, en medio de un hemiciclo multicolor, formado por rostros patilludos y lindas caras de damiselas, por mantillas y abanicos, levitas y chisteras. El diputado por Zaragoza se levanta y escaños y tribunas enmudecen. Su gesto parece crear el silencio, y su frase poderosa, traspasada de azúcares literarios, recuerda la leyenda del panal de miel en las fauces del león. Habla sobre el tema eterno de la libertad de conciencia. Habla, o, más bien dicho, canta sus "odas en prosa". Sus ojos iluminados presiden el ademán de la mano elocuente. De la boca van escapándose, como un fluido sonoro,

las palabras numerosas, hasta llenar el globo del aire, los ámbitos de la Cámara. El globo se revienta en aplausos. El corazón de la multitud galopa febrilmente. Castelar le contagia su emoción y sopla sobre él su gran aliento. Nunca había vivido el pueblo español en un clima espiritual más alto que en esos días del orador magnífico. Nunca se trataron con igual elevación, en medio de la "plaza pública", los temas trascendentales de la sociedad y del hombre. Lo atestiguan sus discursos sobre la Constitución monárquica y sobre la existencia de Dios.

Una pausa de varios años. Salmerón, el estoico, abandona la presidencia de la naciente República por no firmar una sentencia de muerte, y a Castelar le llega la hora de asumir el Poder. Mas el jovenzuelo entusiasta del teatro Real, el escritor demócrata y el defensor fogoso de las libertades, es ahora el dictador inflexible que suspende las Cortes, se apoya en la fuerza armada, decreta una quinta de cien mil hombres y entrega los mandos militares a generales conservadores y monárquicos como Martínez Campos, que posteriormente debía encabezar la sublevación de Sagunto y proclamar al joven príncipe Alfonso XII.

Las Cortes siguientes le niegan un voto de confianza al gobernante y sobreviene la asfixia del régimen. Castelar dimite, y el general Pavía, con sus guardias civiles, invade el recinto legislativo, expulsando de él a los diputados. Carabinas y sombreros de hule campean en los escaños donde la víspera corría el agua mansa del discurso a la sombra del árbol de la ley.

Ya en plena restauración, Castelar

acomoda su pensamiento a las sinuosidades de la nueva política, y en el mitin de Alcira echa a los cuatro vientos su concepción de una España armada hasta los dientes, de un orden estatal asentado en la fuerza militar o sea "en la infantería y la caballería, y sobre todo, en la Guardia Civil". (Lo mismo que proclaman actualmente las extremas derechas españolas, en vía hacia un fascismo de nuevo cuño). Luego—diputado por Huesca en los sucesivos parlamentos—va adquiriendo su figura perfil gubernamental, contorno de pensador evolucionista y de doctor en realidades. De allí a poco, en sus esfuerzos por librarse de la asfixia en medio del ambiente peninsular, funda el partido posibilista, almáciga de los futuros hombres de la Monarquía. La órbita política de Castelar toca ya a su fin; en su amplia curva, semejante a una revolución astral, sobre la pizarra del tiempo, se ve un apogeo de gloria y de esplendor y un perigeo de derrota y de ceniza.

UNA VIDA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX

Cuando presenciaba los incidentes de la pesca en el mar Menor, don Emilio se sintió repentinamente indispuerto y regresó a la quinta, acostándose luego para no levantarse más. Ya en el lecho, su poderosa mano de escritor alcanzó aún a llenar un montón de cuartillas de política europea. En cuatro días se extinguió esa fecunda vida. El jueves 25 de mayo expiró Emilio Castelar como un español de los viejos tiempos. Un anaquel de libros notables, varias páginas de la historia de España llenas con su nombre, una obra política de proyecciones infinitas quedaban como señal del paso de ese noble espíritu por el mundo.

En Cádiz, frente a un paisaje de barcas, toneles y redes de pescar, nació Emilio Castelar y Ripoll el séptimo día del mes de septiembre de 1832, en el seno de una modesta familia. A los pocos años perdió a su padre, y se fué a vivir entonces al campo alicantino. En la escuela de Elda adquirió los conocimientos elementales, y en la cultivada vega, a orillas del Vinalapó, leyó los primeros libros. Yo me lo imagino como un jovencuelo espigado, entre los sembrados de cereales y las casas de labor, hojeando novelas de Lamartine o de Chateaubriand. O haciendo novillos—ya en los días del bachillerato en el Instituto de Alicante—para entregarse a la lectura de Hugo bajo las palmeras del castillo de Santa Bárbara, adonde llega la respiración azul de la bahía.

Una mañana el mozo toma el camino de Madrid e ingresa en la Facultad de Derecho. Allí hace amistad con Cánovas. Pasa después a la Escuela Normal de Filosofía, y obtiene a los veintiún años el doctorado. Desde entonces su vida es una carrera ascendente, una escala que trepa a las nubes como en el sueño del patriarca. Los primeros triunfos de su elocuencia y de su pluma le dan entrada en la redacción de los mejores periódicos de la época. Escribe sus novelas iniciales. Colabora con Canalejas en su obra "Don Alfonso el Sabio".

Ocupa la cátedra de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Sostiene en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias: "La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo". Funda "La Democracia", periódico antidinástico. Llega apenas Castelar al mediodía de su vida—los treinta años,—y ya su nombre, saltando los Pirineos, se ha extendido por Europa, y volando sobre el Atlántico ha llegado a la tierra americana.

Las conspiraciones contra el régimen están a la orden del día. Complot de la noche de San Daniel. Castelar es condenado a muerte en un consejo de guerra, y tiene que huir de España. Un disfraz le facilita el paso de la frontera, y se establece en París, donde continúa sus ajetreos políticos. Revolución de 1868. Vuelve Castelar a Madrid, y se entrega con mayor afán a la propaganda republicana. Zaragoza le nombra su representante en las Cortes, y allí su figura alcanza la altura máxima en la historia de la elocuencia española.

Una serie de episodios se suceden luego atropelladamente. La minoría republicana se retira del Congreso. Castelar asiste al pacto federal con los diputados de Valencia y Cataluña. Levantamiento de las provincias. Sesenta mil hombres en armas despliegan la bandera de la República en Barcelona, Sevilla, Málaga y Cádiz. Las tropas del Gobierno sitian Zaragoza. Bombardeo de Valencia. Esplendor y asesinato del general Prim. Breve sueño regio de Amadeo de Saboya. Y por fin, advenimiento del Ministerio republicano. Castelar firma, como ministro de Estado, el histórico decreto de abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Dos peldaños solamente le faltan al hombre público para llegar al vértice de la escala, y éstos son la renuncia de Pi y Margall y el gesto catoniano de Salmerón, que dejan al cabo en sus manos la presidencia de la República.

Mas la insurrección hierve en todo el país y el pensador se ve urgido a convertirse en hombre de armas tomar. Los cantonales se han adueñado de Cartagena y los carlistas están en vísperas de adueñarse de Madrid. Los generales del régimen son derrotados uno tras otro y Cabrinety cae en tierras catalanas. Y una nueva espina se hunde cada vez más en el corazón de España: Cuba, que alza en el esplendor verde de la manigua la enseña de los libres.

El presidente hace un empréstito de más de un centenar de millones de pesetas, aumenta los efectivos del Ejército y llama a los generales del antiguo régimen. Ante estas y otras medidas, el Congreso declara su oposición al Gobierno y Castelar se ve obligado a presentar su dimisión, en medio de la inquietud expectante de todo el país. Por un golpe de audacia del capitán general de Madrid, el Poder va a dar en manos del duque de la Torre.

Toma entonces el hombre ilustre las rutas varias de Europa y comienza el período de su gran producción literaria. Es la época de su más vasto aliento, de su preocupación universal. Ya en medio de los debates políticos, como si dijéramos en medio del humo del vivac, había escrito su "Vida de lord Byron". Ahora son sus "Estudios históricos sobre la Edad Media" y su "Historia del movimiento republicano en Europa" los que le dan una estatura igual a la de Taine o a la de Macaulay. Incansable operario de las cosas del intelecto y del espíritu, llena volúmenes de cartas y memorias y sigue amontonando notas de viajes y apuntes para futuros estudios. Interviene nuevamente en la política española; pero va con menos brío y con menos auditorio. Se inicia la curva descendente de su vida pública. Mientras tanto, sus obras literarias crecen en número y constituyen el trasunto de su inquietud interior: "La Rusia contemporánea", "La revolución religiosa", "Historia del descubrimiento de América". Ya anciano, va a hablar al mundo desde la Sorbona, y mientras el otoño desvasta la campiña romana, va a besar la blanca vestidura de León XIII, que le recibe con ademán paternal.

Cinco años más de pobreza y de dolor físico y Castelar muere en una casa extraña, en el campo murciano. Este es el esplendor y la miseria del grande hombre. "Alma religiosa y pensamiento heterodoxo"—usando la expresión de la Pardo Bazán al hablar de Juan Montalvo.—Emilio Castelar fué uno de los representativos del alma romántica del siglo XIX. En las letras, sus normas fueron la majestad y la música y "atendió más al arte que a la verdad científica", como él mismo lo confiesa, mientras que en política muchas de sus actitudes se puede decir que fueron determinadas por el "miedo de la asfixia". Ese miedo a la muerte por asfixia, que le hizo estremecer un domingo de mayo en el transcurso de una pesca en aguas del mar Menor.

Jorge Carrera Andrade

Barcelona, septiembre de 1932.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Cervantes: <i>Comedias y Entremeses</i> . En 5 vols.	4.00
Alfredo de Musset: <i>Cuentos y Confesión de un hijo del siglo</i> . Un vol. Pasta. . .	7.50
G. Skell: <i>María Barton</i> . Novela. Historia de la vida de Manchester. Un vol. Pasta	2.50
C. F. Henbel: <i>Los Nibelungos</i> . Tragedia alemana en tres partes. En 2 vols.	1.25
Hoffmann: <i>Cuentos</i> . En 9 tomitos.	3.00
H. de Balzac: <i>La pie de zapa</i> . Novela.	1.25

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

J. Piedra C.

SASTRERIA AMERICANA

Para caballeros distinguidos

75 varas al Oeste del Parque Morazán
(Avenida de las Damas)

Estampas

De los optimistas tontos

= Colaboración directa =

En el discurso inaugural del Presidente Roosevelt aparecen dos afirmaciones que a los espíritus preocupados por el papel que a los hombres toca jugar en el destino de los pueblos han de parecerles importantes: "Sólo un optimista tonto—dice una—puede negar las realidades oscuras del momento". "Cuando no hay visión—dice la otra—perece un pueblo".

Son importantes las afirmaciones del Presidente Roosevelt, porque él va a gobernar una de las naciones con mayor número de problemas de solución grande inmediata. Son importantes, porque las hace el hombre que ha defendido con profunda visión la electricidad de la explotación rapaz, la electricidad como fuerza liberadora, es decir, la electricidad como fuerza del porvenir. Atolondrado por el triunfo pudo haber afirmado lo que tanto optimista tonto suele afirmar una vez en la posición de dominio. Pudo haber dicho que los problemas carecían de importancia y que mediante buena voluntad de parte de los hombres agrupados en torno del gobierno la prosperidad renacería. Pudo haber diluído en agua de azúcar la prédica a su pueblo. Pero prefirió no ser optimista de los tontos y afirmar que son tremendas las realidades inmediatas.

Ya hemos dicho que no nos hacemos ilusiones con este segundo Presidente Roosevelt en cuanto su gobierno signifique matar la conquista imperialista desarrollada por todos los Presidentes de los Estados Unidos. Pero son importantes sus afirmaciones y dan fundamento para crear opinión en torno al principio del buen gobierno. Roosevelt participó ya en el Gobierno de su nación y tiene por cierto páginas oscuras que no hacen esperar a la América nuestra trato justiciero de él. Sin embargo, absteniéndose de su personalidad y de lo que vaya a realizar como Presidente, sus afirmaciones son grandes.

De optimistas tontos están llenos nuestros pueblos. Todos los que quieren coger mando se vuelven optimistas. Los problemas de una nación son nada y se resuelven en dos minutos. Los dos minutos que ellos ejerzan mando. Y los que sin ambiciones al mando jueguen a gobernantes son también optimistas. Es decir, son todos gente sin penetración. Caminan sobre la orillita de las cosas y nunca abandonan el trillo hecho a fuerza de marcar el paso de la rutina. Más allá de ese sendero miserable están las realidades oscuras de que habla Roosevelt. Pero para llegar a ellas tienen los hombres que desafeminarse, crearse espíritu varonil. Y la transformación no la sufren sino almas recias. Mientras podamos ser optimistas tontos tenemos asegurada una paz que con nada ni con nadie nos pone en zozobras. Seremos los conciliadores de todas las contiendas mezquinas. Seremos el fiel de todas las

disputas miserables de la gente. Se nos citará para todos los puestos. Se nos dará participación en todas las juntas. Ningún asunto pasará sin que tengamos que evacuar consulta. Nada nos será extraño en la vida diaria. Para todo tendremos el consejo y daremos la pauta.

Ese papel tiene en los pueblos el optimista tonto que señala el Presidente Roosevelt. Es papel desgraciado, porque lo desempeña sin varonilidad. En el fondo lo único que preocupa a esa clase de optimistas es mantener su posición de árbitro de multitud de asuntos de una nación. Es árbitro que ejerce su ministerio en una forma infeliz. Si hay un inmenso desfallo que exige llevar a la cárcel a una cáfila de pillastres, el optimista tonto intervendrá y pedirá conciliación, pedirá que por el buen nombre del país no se haga nada que trascienda. A lo que trascienda le tiene horror el optimista tonto. Porque lo que trasciende es lo que trae responsabilidades. Y en ninguna forma quiere el optimista tonto responsabilidades para nadie. Una nación debe marchar, pero sin cobrar a los hombres sus yerros, sus pillerías. Estas son cosas que pasan para el optimista tonto. Lo duradero es la nación y no sus hombres. Por esto si hoy un grupo de desalmados cometen un delito que lleva a la bancarrota a una institución particular o del Estado, lo que hace el optimista tonto es pedir que no se haga escándalo, que se resuelva entre casa la cochizada. Es este tipo de optimista el cómplice mayor de las pillerías. Explica esa actitud del optimista tonto el curso desgraciado que toman los problemas de una nación cuando él interviene en ellos como gobernante o como simple hombre. Son cosa superficial y sin importancia para exigir el sacrificio grande que toda alma superior da. Una crisis no conmueve al optimista tonto. Tiempo quieren los problemas, reflexiona ese optimista. Y los problemas de toda índole atropellándose y llevándose, al no recibir trato superior, la libertad de los pueblos. Llevándose para siempre en una forma humillante.

Si el Presidente Roosevelt ha condenado al optimista tonto precisamente en la hora en que asume las más grandes responsabilidades de su pueblo, es porque ese tipo de hombre constituye la plaga detestable. Cunde hasta no dejar respiradero al hombre libre. ¿Qué pueblo no lo tiene en todas las funciones directivas? ¿Y qué pueblo con esa humanidad dirigiéndolo o interviniendo en su dirección en una forma dominante, no va precipitado a la sima de todas las bancarrotas?

A pesar de que las dos afirmaciones del Presidente Roosevelt que hemos se parado para nuestro comentario de hoy se encuentran a mucha distancia una de la otra de su discurso, la segunda es complemento de la primera. El optimis-

ta tonto es chato y de su chatura depende su supremacía en los pueblos. No ve más distante del trillo que su rutina ha trazado sobre la orilla de las cosas y de los problemas. Da el paso y hasta allí llega el alcance inteligente. Limitado por millares de limitaciones es un prisionero horrible. ¿Qué visión puede ofrecer si no tiene ninguna? Ve, el que se interna hasta el sitio en donde las realidades oscuras, esto es, las realidades que dan la libertad o la esclavitud a los pueblos según se las afronte, esperan el trato grande y visionario del hombre. Pero este alcance no lo tiene el optimista necio. Chato de nacimiento impone su chatura en dondequiera viva.

El Presidente Roosevelt puede hablar de visión y presentarla como fundamento de la estabilidad permanente de los pueblos. Acaba de defender la electricidad de su nación en una forma que lo honra y le da título glorioso. Con visión profunda ha estudiado el problema de una electricidad libre de amo fenicio. Con visión clara ha dicho que la electricidad debe ser de propiedad del Estado nada más. Con visión fuerte ha proclamado que la electricidad es fuerza al servicio de la libertad del hombre. Tiene en consecuencia bien conquistado su puesto de hombre visionario. El porvenir de su pueblo, en este aspecto, que le da la electricidad, está perfectamente concebido por el Presidente Roosevelt. No será fácil que un norteamericano de las generaciones futuras tenga que llamar traidor a Roosevelt porque no le defendió la electricidad. Es grande la batalla librada por este Presidente de hoy contra los enormes intereses aunados para hacer presa de la electricidad de los Estados Unidos. Roosevelt es un hombre de visión grande al luchar porque la electricidad no se esclavice en su nación a la explotación fenicia.

Al optimista tonto le falta toda visión, pero no nos volvamos infantiles creyendo que el visionario Roosevelt ha sentado normas en cuanto a la electricidad para generalizarlas al mundo entero. Son normas de las cuales nos podemos aprovechar para defender nuestra propia electricidad. La visión con que ha tratado el problema inmenso de una electricidad nacionalizada no podemos invocarla ante él el día que tengamos que decirle que las horribles y monstruosas organizaciones que en su nación acaparan la electricidad como forma de esclavitud humana, son las mismas que por acá combatimos. No ha hablado Roosevelt para defender de la voracidad norteamericana a pueblo alguno fuera del suyo. La conquista imperialista necesita la expansión de todo poder indomable. El poder de los acaparadores de la electricidad constituye algo satánico. Porque esos acaparadores son a la vez los que dominan la banca con todas sus ramificaciones malditas. En Cuba dos bancos, el National City Bank y el Chase National Bank son dueños de la electricidad que aparece en nombre de la Electric Bond and Share Co. Y de Cuba no saldrá la Compañía que ha convertido la electricidad en un azote del cubano. Para Cuba dominada por dos bancos nor-

teamericanos dueños de la electricidad, no hay normas del visionario Roosevelt. La conquista imperialista exige que se atropelle a Cuba y se le quite su electricidad. La isla sirve como factoría del imperio norteamericano. De manera que todo Gobierno de los Estados Unidos está obligado a trabajar por el imperio. Los poderes satánicos que dentro de lo propiamente norteamericano tratan de imponer vasallaje de cierta índole sobre el ciudadano norteamericano, deben sufrir el repudio de ciertas normas grandes. Pero cuando esos mismos poderes emigren aleccionados por el conquistador, va no son seguidos por norma alguna. Pasada la frontera terminaron las restricciones, finalizó la visión que no deja perecer a los pueblos. Tengamos presente que el Presidente Roosevelt habla para su gente nada más. Su gobierno es para su pueblo. Para que su pueblo no perezca concibe él la electricidad nacionalizada. Pero hasta allí su visión de la electricidad. Cuando la Electric Bond and Share cae desoladora sobre Cuba, Cuba no tiene apoyo del gobierno de los Estados Unidos presidido por el segundo Roosevelt. La factoría es una necesidad del imperialismo y en hacer factorías son hábiles todas las organizaciones norteamericanas que como la Electric Bond and Share son perseguidas en los Estados Unidos por la visión de un Roosevelt.

De manera que no pequemos de optimistas tontos, ni caigamos en el infantilismo de suponer que el visionario Roosevelt ha sentado normas, al defender la electricidad, que pueden invocarse ante él para defender la electricidad de estos pueblos. Aprovechémonos de

su visión, eso sí. No abandonemos el principio de que la electricidad es una fuerza del porvenir y como tal debemos librarla de las garras fenicias de la Electric Bond and Share hoy, y mañana de cualquiera otra compañía que nos suelten en actitud de conquista los bancos de los Estados Unidos. No seamos menos que los Estados Unidos en cuestiones eléctricas. No somos país conquistado. Nuestra electricidad está libre de la explotación de esa siniestra Compañía norteamericana extendida a lo largo de este Continente. La lucha continúa y si no abandonamos la visión de que habla el Presidente Roosevelt, si no abandonan esa visión los hombres de lucha que tiene la América nuestra, la electricidad se salvará y no seremos factorías por este aspecto vital. No creamos, entonces, en que el Presidente Roosevelt ha generalizado, para provecho del mundo, normas grandes y visionarias. Creamos en esas normas si tenemos la capacidad para implantarlas, para ponerlas a combatir contra el poder que nos asecha cada día con más codicia y mayores esperanzas de triunfo. Creamos en normas que son de penetración honda en el porvenir. Pero asegurémonos de que en realidad somos dignos de un porvenir. Para esto combatamos al optimista tonto, que es el menguado que todo lo mira desde la orilla de las cosas, que no se separa del trillo trazado sobre esa orilla, que teme internarse a los sitios en donde aguardan el trato superior las realidades oscuras.

Juan del Camino

Costa Rica y marzo del 33.

La marcha de Cádiz...

(Viene de la página 184)

a las entrañas de los hombres, determinando, en todo o en parte, su destino, puede prolongar este bosquejo, hacia atrás, cuando le plazca. Respetuosos con todo lo misterioso desistimos de hurgar en las raíces del presente arbusto humano.

La vemos nacer en días de contradicción. Amagaba constantemente el hogar un espionaje que no se detenía ante lo más íntimo y sagrado. Un día—la madre aún convaleciente del parto—Manuel Castelar tuvo que huir de la casa, dejando al pequeño Emilio poco menos que entregado al azar. Con otros compañeros de fe y de sacrificio, se encaminó a Gibraltar, donde permaneció nadie sabe hasta cuándo, porque las huellas del fugitivo se nos pierden...

Pero no importa gran cosa precisar ciertos datos y fechas. Lo cierto es que la madre y sus vástagos emprendieron—aproximadamente en 1834—el viaje de retorno a su provincia. ¿Hicieron antes una visita a Aliaga, pueblo de Teruel, donde tenían parientes? Estos son detalles secundarios cuya comprobación es ajena a nuestro sencillo plan. En 1836, Emilio, con todos los suyos, reside ya en Elda, donde comienza verdaderamente su infancia, porque toda su vida anterior apenas fué una cadena de insignificantes balbucesos. Desde ahora, sus gestos, sus

palabras, van a tener sentido. Comienza su vida significativa.

He aquí cómo, años más tarde, recordará el mismo Castelar—en su autobiografía—esta etapa infantil: "Doña María Antonio Ripoll, viuda en la flor de la edad, dotada de un corazón extraordinario, de un talento tan grande como su corazón, de singulares virtudes, consagróse exclusivamente a la educación de su hijo y a realizar el pensamiento de su marido, de que fuera útil a la familia y a la patria por una brillante educación literaria y científica. La biblioteca, en todo cuanto tenía de más notable, fué reservada, a pesar de la ruina y la desgracia, para que contribuyese a este fin, que no hubiera podido conseguir sin el generoso auxilio prestado por su hermana doña María Francisca Ripoll, casada y residente en Elda, pueblo de la provincia de Alicante, señora de rara hermosura y de más hermoso corazón todavía, que abrió las puertas de su entonces rico hogar a la viuda; juntó entre sus hijos a los dos huérfanos, a Emilio y a su hermana mayor, Concepción Castelar". Y un poeta español nacido en aquellos campos, Azorín, escribirá más tarde del pequeño Emilio: "Es un niño regordete, viviracho; sus ojos tienen una luz que no tienen los de los otros niños. Seguramente que el maestro de

Emilito, después de escucharle recitar una poesía, cosa que hace admirablemente el niño, le ha dado unos golpecitos en el hombro y le ha dicho: Bien, Emilio, bien: vas a ser un gran hombre. Y después, en tanto que el niño le mira embelesado: ¡Vas a hablar mejor que don Joaquín! Emilio corre alegre hacia su casa; su madre, cuando le ve, le dice: Tú traes algo; algo te pasa. Pone al niño sobre sus rodillas y torna a preguntarle si le sucede alguna cosa. Los ojos del niño están llenos de regocijo; Emilito cuenta lo que acaba de decirle el maestro, y la madre, con los ojos húmedos, pone la cara del niño bien apretada contra su cara y hace estallar un ruidoso beso".

¿Quién es don Joaquín? Un romántico empedernido que un día tuvo en las manos el poder y otros muchos días apenas puede ganar lo suficiente para seguir viviendo. Es don Joaquín María López, de quien Edgar Quinet escribirá poco después: "Su voz vibrante es un continuo choque; tiene los acentos de un corazón que se desgarró y que se entrega, y un cierto tono ronco y africano que le es peculiar y que se adentra en el alma hasta las entrañas. Me parece oír el grito ardiente de Africa en un alma cristiana. El calor, la vida, el sol de Murcia, relumbran en su verbo y atraviesan como una espada...". Pero don Joaquín prefiere escribir "ensayos acerca de la salida del sol, vista desde una montaña o sobre la luna contemplada en las altas horas de la noche". Por eso acabará por vivir y morir pobre, después de atravesar las apetitosas encrucijadas del Tesoro Público, donde el oro suele deslizarse hacia los bolsillos de quienes saben—cerrando los ojos y la boca—abrirlos en momento oportuno. El modelo de Emilito no puede ser más desdichado. ¡Un hombre que canta ferrosamente a los crepúsculos!

En España hay otro modelo—entre las dos especies de hombres se reparte el siglo XIX—; hay un tipo que no canta endechas a la luna, pero sabe deslizarse un poco de viento de ambición en oídos serviles, subalternos, y preparar furibundos trances en que el poder se tambalea y acaba por caer en brazos del soplón. Este tipo sabe operar en antecámaras y cuerpos de guardia; sabe, por modos súbitos, inclinar a su favor la historia... Pero Castelar ha de seguir la ruta del amigo de Quinet. Cantará a las estrellas, en vez de requebrar miserablemente a los fetiches.

Desde Cádiz—pasando por Elda y Alicante—emprende Castelar la marcha contra el Madrid petrificado. Por todas armas lleva consigo dinamita en frases, cartuchos de ideas: espíritu. Armamento verdaderamente humano. "Yo estuve obligado a domar Europa con las armas—dijo alguna vez Napoleón—: el que venga detrás de mí deberá convencerla por medio del espíritu; porque siempre el espíritu la hará prevalecer sobre la espada..."

(Un poeta—Fritz von Unruh—se pregunta:

—¿De dónde le vino esta frase a Napoleón?

Y él mismo se contesta:

—Es que Napoleón había mirado a Goethe en lo más profundo de los ojos).

Benjamín Jarnés

El sentimiento trágico de la política

= Envío del autor, San José de Costa Rica =

De nuevo Goethe. — Un curioso de emociones intelectuales le preguntó al sabio de Weimar, desde París, en la época de la Revolución Francesa, lo que pensaba de los acontecimientos europeos. Eckermann nos dice que Goethe le respondió que le parecía que Francia había realizado una de las mayores cosas de su historia: sólo que el gran alemán no se refería, en su correspondencia, a los acontecimientos políticos, sino al descubrimiento de la teoría de La Place.

He pensado en esta anécdota al contemplar, casi sin esperanzas, la desorganización de nuestra América, falta de verdaderos mentores. En mi mesa está abierto un gran libro de mi admirable amigo Francisco García Calderón: **El espíritu de la joven Alemania**. La sombra de Goethe aparece, de tarde en tarde, a través de estas páginas en que se estudia, profundamente, el más interesante de los laboratorios sociales de Europa. ¡Goethe y Hitler! Tal es la paradoja. ¿Qué hubiera pensado el autor del **Fausto** del líder nacionalista? De seguro habría expuesto brillantemente, si se lo hubieran preguntado, las teorías de Einstein.

De la política.—¿Qué lejos está la política de las cosas del espíritu! La política es ciencia de contingencias, capacidad de inteligencias mediocres. El filósofo que postuló que era el arte de bien gobernar a los pueblos de seguro vió, sobre el Agora de la historia, una sucesión de siglos poblada de esclavos. Porque en cuanto el hombre se convierte en un ser libre deja de comprender la política. De ahí provienen, quizás, todos los errores de los seres libres. Incapacidad de comprender la ambición personal que convierte su valor doméstico en necesidad democrática. Es este el sentimiento trágico de la política.

Teoría del asfalto.—El verdadero político será, pues, aquel que no piensa en los bienes del alma y deja a los constructores del prestigio humano concretar las realidades esenciales, es decir, aquellas que los teólogos hacían depender del carácter. Recordemos aquí a Remy de Gourmont, sacrificado por la política oficial cuando escribió su magnífico panfleto, **Le Joujou Patriotisme**. El pobre disociador de ideas tuvo que retirarse a su estudio de la rue de Saints-Pères en donde creó, gracias a la política, una de las obras que más enaltecen el genio de su raza.

En el maremágnum de teorías más o menos viables que circulan por todos los países de la tierra, anda una que puede titularse "la teoría del asfalto" que es la que mayores éxitos universales alcanza. Con ella se han justificado todos los crímenes de las dictaduras reinantes, desde la del proletariado hasta la del militarismo japonés: si un dictador o una

casta dominante construyen obras a base de cemento armado, ¿qué más pide el pueblo para su felicidad? Tened calles asfaltadas aunque andéis con el espíritu cubierto de andrajos.

De todo esto lo único que se salva es una especie de mística política que va cimentando la inquietud de las nuevas generaciones y orientándolas hacia el dominio de su propia austeridad, esa austeridad moral, fuerte y bella, en que la ha hecho pensar "la teoría del asfalto". Ellas saben que el goce de la felicidad material es patrimonio del hombre que nunca logra satisfacer sus necesidades fisiológicas; pero también saben que los goces del espíritu son más reales, a pesar del desprecio que por ellos sienten los albañiles de la nueva política.

La matemática de la naturaleza.—La política está regida, dicen, por una inquietud financiera. Entonces a la naturaleza no le queda más que regirse por una ley económica que en el fondo no es otra que la que Bergson llama "el todo obligación". Las finanzas son el mito mayor de nuestra civilización y, por lo tanto, el Estado, dentro de cualquier sistema conocido de gobierno, es siempre el primer misticador: la prueba está en el resultado obtenido al tratar de llevar sus procedimientos artificiales al seno mismo de la naturaleza para interesarla en la lucha de las ambiciones humanas. El fracaso es siempre inevitable. Esto lo acabamos de comprobar en el conflicto colombiano-peruano: no ha sido el movimiento de cancillerías, ni la S. D. N., ni los discursos ampulosos y patrióticos, los que han solucionado, por lo menos aparentemente, el amago de guerra. Ha sido más bien la jungla sudamericana, gran devoradora de hombres, de energías, de fortunas, lo que siempre

efectúa con una especie de función irónica, implacable en sus consecuencias. ¿Habéis leído el patético libro de Eustasio Rivera, **La Vorágine**? Es la historia del imperialismo de la selva virgen luchando contra el hombre; el poeta colombiano nos relata en él los más amargos episodios de los buscadores del oro negro y no la guerra técnica y moderna de dos pueblos que se disputan lo que únicamente es de Dios. ¿Qué magnífica lección hubiera sido para los generales el haber meditado este libro antes de lanzarse a la aventura en una región de la cual con la victoria o sin ella, siempre regresaron derrotados!

El sentimiento trágico de la política.—Unamuno escribió **Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos** pensando, quizás, en la gran hazaña de su raza. A nosotros nos toca una parte muy importante en ese panorama humano: somos colonias del individualismo español, en el sentido kantiano de "la cosa en sí": nómeno amorfo que tiene su paisaje sentimental y geográfico extendido sobre la tiranía de todos los climas de la tierra. El español peninsular, el español de la tragedia unamuniana, tiene los castillos de su espíritu abiertos ante la desolación africana de su tierra natal. Para los latinoamericanos el mundo es más amplio y aun no ha logrado definirlo en categorías, lo que es la finalidad de toda ordenación lógica en lo natural y en lo humano. Entonces ha hecho de la política un juego subjetivo con sus golpes de estado, sus pronunciamientos, sus dictaduras inconscientes que bien pueden ser o militares o civiles. Es decir, son pueblos sin sentimiento trágico de la vida que poseen el sentimiento trágico de la política. Ya lo dijimos: conversión de los valores domésticos de la ambición personal en necesidad democrática.

¿Cuál ha sido el resultado de este sentimiento? Una inflazón moral que no encuentra su acomodo en los múltiples vaivenes del mundo: una sucesión de incapacidades éticas para dignificar el primero y único elemento político de las naciones—el hombre—, en beneficio de lo que debe ser un medio y no un fin. Le debemos, pues a los hombres, lo único que hace de ellos aquella "cosa en sí", que decía Kant: la libertad. La deuda ha ido creciendo de día en día y cuando ha comenzado a manifestarse en su forma de conmoción revolucionaria todos se extrañan y se asustan. Piden entonces el sentimiento reductivo y violento de la fuerza olvidando que lo que es real en ella es su sentido de obediencia. Así, pues, el problema político de América es un problema de obediencia.

La libertad y la obediencia nos llevarán a comprender el sentimiento trágico de la política.

León Pacheco

Marzo, 1935.

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL
ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que
su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con
el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

Imprenta LA TRIBUNA